

Carlos Calzadilla

Música y Letra Vol.1





Música y Letra Vol. 1

Crónica de un suicidio o
nacimiento literario


ELPERRO
yLARANA

1.^a edición, Fundación Editorial El Perro y La Rana, 2024

© Carlos Calzadilla

© Fundación Editorial El perro y la rana

Edición y corrección

Luis Lacave

Diagramación

Bairon Torres

Diseño de portada

Roberto Chávez

Hecho el Depósito de Ley:

ISBN: 978-980-14-5542-4

Depósito Legal: DC2024000564

Carlos Calzadilla

Música y Letra Vol. 1

Crónica de un suicidio o
nacimiento literario

Agradezco a Dios todo... infinitamente todo.

*Agradezco a mi compañera por la paciencia y tolerancia
y a mis hijos por hacerme verme a mí mismo desde fuera.*

Agradezco a mis padres el don de ser.

*Agradezco a Choro, Rafa y Mireya por haberme
enseñado a tener alma.*

*Agradezco a mi gente, mis hermanos de crianza
y del camino, a los que me estiman y creen
en mí, a la gente buena de los sitios
por donde he pasado.*

*Agradezco a mis detractores y a todo aquel
que haya tratado de ser o colocar
obstáculos en mi camino,
gracias por la motivación.*

Dedico a mi tío Oscar Guerrero (†) por su amor y su aporte material para que yo fuese cantante.

Al gran ejemplo que he logrado obtener al observar y escudriñar la postura y posición ante la vida y las maneras de ser de mi abuelo Jesús Calzadilla y Jorge Guerrero, que se convirtió en mi maestro inconscientemente y al que también agradezco el aporte material en mi primera grabación.

Mis compadres y hermanos de vida: Alfredo Ratia, Elio Corona y Jimmy Guerrero, por su gran contribución espiritual y material a lo largo de lo que llevo de carrera, los que en mí creyeron y me tendieron la mano en los primeros pasos. Jamás olvidare su aporte, eternamente en deuda.

Dedico con el respeto más grande a aquellos elorzanos que se sienten orgullosos de su gentilicio, apoyan a sus cultores y contribuyen a que sigamos siendo un emporio en cuanto a lo criollo se refiere.

Sarcásticamente también se lo dedico a los que prefieren renegar de su cultura y relegar a sus propios, a los que prefieren al foráneo y deforman la esencia de nuestras raíces cambiando su originalidad, a los que hacen lo posible para que el pueblo quede mal y pierda su gran nombre, a los que ponen de ejemplo a los malos, a los que abusan y tienen prejuicios de cualquier clase.

PARA INICIAR

Este proyecto no nació de un capricho o empeño, no es un emprendimiento, tampoco es fruto de alguna lucha estoica, no es un sueño materializado o una cruzada que emprendí y logré en contra de alguien o del mundo, y mucho menos a favor; no es una meta, tampoco una apuesta, no lo hice por moda o por querer ser como alguien y menos por lucro; se dio y es la voluntad de Dios sobre las cosas que me suceden, fue mi destino en manos del Señor, así Él lo quiso, así es, por obra y gracia divina, como suele suceder con las cosas de Dios. Fue muy difícil decidirme, hasta traté de no hacerlo, pero irremediamente caí en el afán de expresarme, salió porque salió, por eso le agradezco a mi Señor.

Dios me dio el privilegio de vivir esta vida, la paciencia y el afán, la salud y la enfermedad, el don de la música, la capacidad de inspirarme y de crear, el haberme criado donde me crié, el tener mil amores y mil desamores, mil aciertos y mil desaciertos, mil triunfos, mil derrotas y mil traiciones, tener la mezcla cultural y la ascendencia que tengo y llegar a ser quien soy, por esto a Dios le debo el ser instrumento complementario del arpa, cuatro, maracas y bajo, además de la capacidad de ver en cada historia una canción

o un poema, y en cada canción y poema una historia. Así pues, cuatro poemas son cuatro canciones y cuatro canciones son cuatro historias para contar abrazadas como el matapalo que mató al laurel de tanto quererlo.

Como el agua que cae en la tierra y se va filtrando con paciencia, sin estrés, todo se fue tejiendo poco a poco y las cosas se fueron estructurando naturalmente, como cuando pasa la quema y va creciendo el pasto tierno. Tanto así que fue extremadamente calmo el momento de grabar los temas, siempre lo he hecho con el afán, el ánimo, el entusiasmo y la fiebre; si no me sentía cómodo buscaba mil excusas y suspendíamos para no forzar las cosas. Los contratiempos que se presentaron estoy seguro que fueron para que se diera en el mejor momento y de la mejor manera.

Tenía tiempo hablando con el maestro Ciriaco sobre mi interés de grabar algo con él y nunca se dio. Inesperadamente se decidió, fue algo muy significativo para mí, aunque para él seguro sería: “vamos a hacer la vaina con el muchacho pa’ complacerlo”, y que fuese de esa manera hace mayor el honor.

Al fin me dijo:

—Vamos a hacer la vaina.

Le respondí:

—¿Qué vaina, maestro?

Me dijo:

—A grabar los temas. Tenía una uña jodía pero ya se me está sanando.

Fue una sorpresa para mí porque sabía que él estaba alejado de los estudios y que había dicho que no a muchos proyectos desde hacía un tiempo ya. Un privilegio, una verdadera distinción, y sé que él piensa que no lo considero así, pero es así. Ciriaco, no es que lo pienso o lo digo yo, no es mi opinión personal única y exclusiva, es un hecho que es un maestro de maestros; que lo digan los maestros.

En ese momento comencé a pensar la manera de aprovechar esta bendición que ya era ineludible, una verdadera bendición, como todo lo que viene de Dios. Le pregunté que cuánto me cobraría y me dijo que nada, que era un regalo de su parte. Eso me conmovió y por supuesto que con toda humildad acepté sin dudar, y juro que llegará el momento de retribuir y corresponder la delicadeza del presente.

Y así por obra de Dios elegí un pasajito en menor, *Adiós mi ranchito viejo*, muy nostálgico, que había compuesto recientemente, criollo a mi parecer, producto de una historia creada en mi imaginación nacida de un “¿cómo sería si me tocara vivir esto?” Por supuesto enmarcado en el llano y tocando metafóricamente la nostalgia de ausentarse del lugar que se ha amado tanto, donde la persona siendo parte del entorno se arranca de allí por cuestiones ajenas a su voluntad y se va, sin querer queriendo, como dice Gómez Bolaños, o por el contrario cambia todo y deja ir lo que ama por quedarse donde siente que pertenece. El segundo fue otro pasajito enamador, donde se exalta la belleza femenina a una edad adulta, el reencuentro después de mucho tiempo de haberse encontrado, y ese amor y atracción total que se hallaba dormido y de golpe como un centellazo despierta dramáticamente. El tercero, por supuesto no podía dejar por fuera un golpe de gabán poético y metafórico marcando el sello de mi esencia poética, donde en realidad muestro lo que me gusta y lo que me enamoró de la música llanera.

Y para completar, *Un golpecito*, por mayor, que tiene una historia muy interesante detrás, ya que por cosas de la vida alguien lo escuchó y estaba viviendo una historia parecida. Al contarme su coincidencia me inspiró a escribir una historia basada en la suya y en el tema. Esta canción fue la que definitivamente me dio la idea de hacer este acompañamiento escrito para explicar lo que trae detrás la inspiración en cada uno de estos temas.

Una poesía sin inspiración, motivo sentimental ni ardor metafórico no tiene alma. La verdad disfruté mucho escribiendo y plasmando la esencia de estos cuatro temas en un tiempo donde prácticamente estoy en el retiro forzoso de la música en cuanto a presentaciones se refiere, un retiro provocado por la situación actual y por la forma como evolucionó el mercado de la música llanera, con las tales colaboraciones, apoyos, patrocinios, la política, los barateros y la proliferación de cantantes; o tal vez por falta de talento, adaptación y originalidad de mi parte, en realidad no sé. Esas cosas suceden y hacen dudar de lo que uno tiene para dar, de lo que sí estoy seguro y nunca dudaría es de mi amor por la música y por la palabra sentida y rimada, y mi más reciente amor; contar las cosas escribiéndolas.

Pensando en el “qué vaina que las cosas no salgan bien”, y lidiando con la frustración de que no salieran contratos estando mi música, mis redes y mi presencia al día en el panorama actual, sumado a esto el que no salieran bien algunos negocios, me di cuenta que estaba lidiando con problemas materiales y que en realidad estaba patinando en lo seco, ya que contaba con salud y bienestar espiritual y estos eran problemas que me carcomían poco a poco. Navegaba en mares de soberbia, creyéndome merecedor de todas las oportunidades y de los mejores sitios, el mejor, o de los mejores cantautores, mejor negociante, mejor todo. Pero bueno, tuvieron que pasar y seguir pasando muchas cosas para darme cuenta que perder significaba que busqué maneras de ganar, perder luchando no es estar derrotado, el que ganó limpiamente lo mereció y en ese momento fue el mejor, el que ganó con trampa perdió por dentro y está consciente de su fracaso, así aparente ser ganador sabe que no lo es. Me di cuenta que no soy dueño de la verdad ni soy superior a nadie y que para conseguir las cosas debo primero amar lo que hago, segundo luchar limpiamente y tercero perseverar, no hay otra manera. Y mientras lucho a mi manera me monto en el plan de

filosofar sobre el motivo de estas incidencias, y es de allí de donde nace este proyecto que está hecho con humildad, buscando un giro idílico y sorpresivo en mi camino, sé que de seguro para los que me conocieron en etapas anteriores este aspecto de mi personalidad será sumamente inesperado, también sé que este libro afectará de muchas maneras los acontecimientos de mi historia personal; lo que sea lo acepto, pero sinceramente lo que espero con ansias es que les agrade y lo valoren para así añadir unas bonitas líneas a mi biografía, siempre de la mano de Dios.

CÓMO COMENZÓ

El día que decretaron cuarentena radical estábamos en La Gloria, vía Palmarito, Alto Apure, “matando un tigre”, y llegó el gobierno haciendo cumplir el decreto de cuarentena radical, suspendiendo todo, claro, como la cosa todavía no había adquirido el matiz apocalíptico que tuvo y aún reinaba la ignorancia y la incredulidad entre nosotros los llaneros, que jamás procesamos el hecho de que ese mal llegaría a nuestra amada tierra, tratamos de disuadir a los militares pero fue imposible. Sin embargo al retirarse parrandamos un rato, pudimos ayudar a la empresaria a superar la quiebra y salvamos algo de nuestro contrato, aún no había llegado el virus a nuestras latitudes y luego fue que entendimos y pudimos constatar que este flagelo era incontenible, impredecible, peligroso e inevitable, ese día fue mi última presentación antes de la cuarentena, y hasta ahí íbamos bien.

Todo esto pudo haber comenzado al padecer esta enfermedad tan terrible que me afectó física, psicológica y espiritualmente; también allí comenzó mi declive en cuanto a presentaciones y comercialización de mi imagen, de hecho, al sufrir esta peste y con ella perder la salud que tenía, porque no volví a ser el mismo en cuanto a salud se refiere, consciente que el reloj no para y corrió bastante hasta el punto que medio emparejé gracias a Dios, me di cuenta por la manera que lo sufrí que soy un mortal cualquiera, no soy inmune a nada en este mundo, totalmente vulnerable ante Dios y ante el prójimo, y esa vulnerabilidad trae consigo la muerte de la soberbia, que es la peor enfermedad del ser, y lo más grande que me enseñó

el estar enfermo es que estoy vivo, que Dios me dio esta existencia física y esta oportunidad para vivir el placer de la carne y disfrutar los excesos pagando su precio. Sufrir y gozar es estar vivo, y estar vivo es su regalo más grande.

Por todo esto es que afirmo y reitero que son cosas de Dios el que ustedes estén leyendo esto. En realidad jamás pensé que podía hacer algo así, escribir es algo que me libera y lo hago desde hace mucho tiempo, lo empecé a hacer de forma empírica y de manera terapéutica en mi adolescencia, que no digamos que fue problemática pero sí llena de complejos y de mucha ira y resentimiento. Utilicé la escritura a manera de desahogo, la mayoría de lo que plasmé lo deseché, que se perdiera en el tiempo. Tal vez hubiese sido interesante leerlo en esta etapa de mi vida para estar más consciente de lo que he superado y cómo me convertí en quien soy, o tal vez reírme de las niñerías y estupideces de un muchacho cagón y agradecerle a Dios por haberme hecho madurar. En cualquiera de los casos en la memoria quedan los mejores y los peores recuerdos, lo demás es relleno.

¿Que si me da pena publicar esto? ¿Que si siento temor? ¿Miedo escénico? El miedo a que me lean es igual al miedo que sentía en mis inicios al cantar en una tarima. Venía trabajando esto publicando en mis redes reflexiones, pensamientos, oraciones, opiniones, con el fin de ir venciendo la ansiedad que produce el exponerse al público, pero nunca se está preparado completamente para esto, así que en este preciso momento que leen estoy venciendo una aversión.

No sé si está bien o mal la parte ortográfica, sintáctica, terminológica y morfológica de este lenguaje escrito; para mí esta faceta es desconocida. Leo bastante pero no soy un estudioso sobre estos menesteres, solo sé lo que aprendí en el liceo y la universidad. He acudido a la ayuda del autocorrector, el diccionario y la internet para dirimir alguna duda en cuanto a ortografía, gramática o vocabulario, además de utilizar una aplicación que me lee y así corroborar que se

oiga como lo he querido escribir, y eso me ha ayudado, o eso creo. De todas maneras pido disculpas como fe de errata por los pormenores que presente. Pude haber solicitado algún tipo de corrección o edición de parte de algún “intelectual” conocido, pero los que percibo más preparados los he notado soberbios y despectivos al presentarles algún escrito, es más, en quien pude haber confiado más le envié un relato ahí, garabateado antes de todo esto, y venciendo el temor de estar haciendo el ridículo pidiéndole con toda humildad su revisión, esperando lo corrigiera o al menos opinara. Sé que lo revisó pero su respuesta fue no darme respuesta, me quedó el sabor de “así sería de malo”. Para mí fue decepcionante pero al fin ganó Dios y mi perseverancia. Esto de comenzar en algo y que tiren una que otra piedra o puerta en la cara lo veo como normal porque ya he pasado muchas veces por allí, el logro está en seguir.

Después de tan poco andar y a la vez andar tanto, tanto vivir y perder tantas oportunidades, siempre inconforme pensando en lo que aún me falta, tanto por descubrir y con tan poco tiempo, ser acariciado y golpeado por el mundo y ser tan bendecido por Dios, a mis cuarenta y tantos creo que mi inteligencia es comúnmente limitada, aunque reconozco la genialidad en otros. Para ser sincero no sé, no podría decir cuánto sería mi coeficiente o capacidad, en cuanto a mis habilidades o dones no creo que sobresalga, creo que formo parte de la media, esto lo logro palpar al conversar con personas que no considero exitosas y tener, la mayoría de las veces, los mismos puntos de vista al compartir opiniones y al suceder lo contrario con quienes aparentemente tienen éxito, aunque siempre tendré la duda sobre lo que es el éxito para cada quien.

Soy el elorzano común. Al oír algunas propuestas de cualquier índole mejores que las mías me doy cuenta que no soy algo especial. Todos tenemos habilidades que nos separan de los demás y nos diferencian, tal vez en algunas resaltemos y eso está bien, pero con los logros supuestamente personales que no son tan personales

como parece, sino que son productos de frustraciones y fracasos reprimidos y que se buscan a toda costa como para demostrar algo hay que tener cuidado; estos son los que nos hacen sentir excepcionales y fuera de lote, nos llevan a sobrevalorarnos y sobrevalorarse es ser esclavo de una apariencia, esclavos del ego, y contra eso hay que luchar. No quiero demostrar nada y no me creo más que nadie, el escribir este material para mí es solo eso, satisfacción personal verdadera, un verdadero desahogo, y su publicación sería como dar curso a los acontecimientos.

Podría decirse que he alcanzado algunas metas y he fracasado en otras. Ya hecho y sin mucha trascendencia en el mundo tal vez he afectado el universo con mi presencia desde el punto de vista del existir, el estar y participar en el desarrollo del ámbito y su tiempo y espacio, pero hasta ahora no he hecho algo que pueda perpetuar mi nombre, eso sí, siempre detrás de lo inusitado, siempre buscando que mi creación musical y poética, que es mi verdadera vocación, vaya más allá de lo normal y así poder dejar huellas positivas de alguna manera en la existencia de los que me rodean, marcar de alguna forma evocando el recuerdo, el amor, la nostalgia, la familia, etc. Mientras tanto el mismo pendejo, pero cien por ciento convencido de que cualquiera puede trascender en bien ya que otros han trascendido y todos nacemos con iguales oportunidades, tal vez este sea el camino.

La realidad de los sueños está detrás de la lucha por materializarlos. Ojo, al contrario de lo expuesto anteriormente, que no me considero más que nadie, también tengo que aseverar que no me creo menos, ni tampoco del montón, en el montón se arroja uno mismo. En esa búsqueda jamás he luchado por imponer lo que creo, tal vez he tenido afán por sobresalir pero jamás he querido pasar por encima de nadie, tampoco me creo menos, lo poco que he logrado ha sido producto de mi constancia y la gracia de Dios,

debo agradecer también a personas que han visto algo bueno en mi, aunque algunos duden, difieran y se incomoden.

La mayoría de mis actuaciones con prepotencia y soberbia son mecanismos de defensa productos de la estimulación por menosprecio, un camuflaje, una coraza ante cualquier vestigio de humillación. Me disculpan si he ofendido de alguna manera. Me gusta cantar y componer, eso es algo que creo que llevo incorporado en mi ser y creo que lo hago más o menos, que sea sobresaliente es algo que ustedes podrían afirmar o poner en tela de juicio. A la hora de comparar o de estudiar otros trabajos u otras carreras desde sus perspectivas personales hay que tomar siempre en consideración que en gustos y colores hay un universo. Si alguien opinase que no tengo talento no se lo discutiría y respetaría su opinión, en realidad estoy muy consciente de todo eso. En cuanto a cantar y componer sé que no llego a muchas notas y que mi vocabulario debe tener muy pocas palabras, lo admito y no me ofende que me lo hagan saber, eso sí, lo que compongo, escribo y canto, por humilde y precario que sea me llena el alma. Sinceramente les digo, siendo sensato y franco, también sé que tengo una habilidad innata para crear melodías, tomar las notas sin conocerlas y combinarlas, mezclarlas, obstruirlas, atravesarlas, oponerlas, ir en contra de los cánones y reglas que coartan las melodías matemáticas y específicas, es decir, hacer lo que yo quiera con ellas. Así mismo creo que puedo hacer algo con las palabras, puedo utilizar las que me sé, investigar y aprender nuevas, ordenarlas, combinarlas y darles el sentido que quiero dar para expresar lo que quiero, y así hacer mi música, mi poesía, mi cuento, es mi terapia de liberación y tal vez esto también pueda servirle a esa gente que vive una vida normal como la mía y les llama la atención mi locura, tal vez les ayude a soltarse y a poder hacer algo que quieren y el miedo no los deja, o tal vez quieran enterarse quién soy en realidad y me lean para saber del chisme y descubrir a donde pretendo llegar con

esto, pues aquí esta parte de mi esencia plasmada en este escrito está un perfil detallado de mi personalidad y mi ser.

Ya imagino a los criticones de oficio tildándome de loco, iluso, burlándose, que es lo normal en sociedades como la mía, creyéndose o siendo eruditos intelectuales y menospreciando algo que fue hecho sin pretensiones de afectarlos o tan siquiera tocarlos de algún modo. Ojalá lo lean, espero que critiquen hasta el punto final. Tal vez algunos esperen que sea algo de otro mundo y les resulta algo más del montón o que tenga tintes escolares o inocentes, o tal vez esperen que hable o denigre de otras personas o describa sus tragedias y vergüenzas, ya que eso es lo que vende o interesa a gente novelera o con intelecto bajo. En este último caso dificulto que lleguen hasta esta línea, si buscaban algo vulgar o bizarramente morboso aquí no lo encontrarán, solo encontrarán mi humilde explicación del porqué, mis disculpas por el atrevimiento y mis errores, y cuatro canciones hechas historias contadas de la manera más bonita posible. Si llegan a este punto en su lectura reciban mis cordiales saludos y agradecimientos, para mí es un triunfo que lo hayan hecho, pueden seguir si es de su gusto, les pido que critiquen, díganme lo que piensan y sienten, directa o indirectamente, burlense o valórenlo; cualquiera de sus reacciones para mí es un honor. Y bueno, ya lo saben, tal vez dudemos de mi talento, yo, ustedes y el resto del mundo conocido, de lo que sí no dudo y les pido que no lo hagan porque me ofenderían y me dolería muchísimo es sobre mis ganas de decir y hacer y de mi fe en Dios, eso si no lo perdonaría. Espero acepten de buena manera y disculpen éste mi gran atrevimiento de escribirles.

Salió otro loco de Elorza, “el hijo de Alyda Violeta”, Carlos Luis Calzadilla Guerrero.

CORAZÓN DÉJALA QUIETA

El cerebro, hogar del alma, centro del sistema neurológico, base de datos de nuestro organismo, comando de todas las funciones corporales, controlador nervioso, orgánico y psíquico, centro de la razón humana donde se discierne sobre el bien y el mal, y donde se plasman todos los conocimientos, sueños, fantasías, cosas malas y cosas buenas... y qué vaina, chico, se deja gobernar por el corazón, que no es el corazón somático que se acelera o se hace lento por efectos del pensamiento, aumentando o disminuyendo el flujo sanguíneo, indicador también de las emociones y por lo tanto núcleo vital del sistema orgánico y traductor anatómico de éste, sino por el corazón metafórico, es decir, el amor, que es obra del mismo pensamiento cerebral razonable donde supuestamente impera el juicio humano que nos permite tomar las mejores decisiones, pero que de una forma inexplicable es dominado por un apego irracional a algo o alguien, lo que se revela y se puede medir por el nivel de intensidad expresada de diversas formas por el órgano cardíaco, llevándonos al infierno o a la gloria. Todo nuestro universo mental se refleja en éste, y como éste recorre con sus ramificaciones vasculares todo el cuerpo, nos infecta de lo que sentimos. Entonces el que no tiene la capacidad de crear pensamientos y emociones, cual radio viejo de pilas en el ranchito viejo del veguero que nunca aprendió a leer, las hace extender con su bombeo al resto del cuerpo de acuerdo a la intensidad de esa emoción, éste hace circular la sangre oxigenándola en los pulmones y así a su vez oxigena todo el funcionamiento, llevando toda esa carga emocional, inundando de alegría, embriagando de amor, enfermando de tristeza, enajenando de pena, entre otras manifestaciones buenas o malas, a todos los rincones del organismo y manifestándolas en nuestra salud. Así pues nos hacemos viejos,

enfermos y hasta morimos o rejuvenecemos, sanamos y vivimos de acuerdo al amor o al desamor.

El amor no es el corazón ni el cerebro, el amor es algo intangible como el alma. No es instintivo, porque si fuese instintivo no hubieran madres que odiaran a sus hijos; no es hormonal, porque si fuese hormonal nos volveríamos locos detrás de cualquiera que estuviese en celo; no es común, porque si fuese común se encontraría en cualquier parte, y no todo el tiempo es bueno.

De amor estamos hechos, de amor podemos morir. El corazón nos hace vivir mediante la alegría y nos hace morir también por la tristeza. Las guerras, las mayores locuras de la historia, los extremos del ser humano son producto del desamor o del amor. Revisemos a fondo la historia y veremos el componente emotivo en cada una de ellas. Cristo es amor al prójimo, lo que se traduce en sacrificio propio. Hitler amor a sí mismo lo que se traduce en odio por los demás, las dos caras de la moneda.

Cuando hablamos de amor podemos, y casi siempre lo hacemos, hablar del corazón. El amor es el verdadero corazón, es a lo que me refiero en este tema cuando menciono la palabra corazón .

Imaginemos que tenemos la oportunidad de hablar con el amor como si fuera otra persona, no con el amor de manera universal, sino por el que sentimos individualmente, con nuestro corazón. ¿Qué le diríamos? ¿Le reclamaríamos algo? ¿Le agradeceríamos? Personalmente le agradecería por los momentos de felicidad que he vivido, he sentido tristezas pero la mayoría del tiempo he sido alegre, me ha hecho volar sin alas, soñar sin sueño, vivir sin aire. Me ha rejuvenecido y me ha quitado lo malo y también me ha hecho sentir lo contrario. El detalle está en que la mayoría de las veces gana y cuando gana no siempre es lo correcto, pero con él pocas veces se puede. El cerebro, su archienemigo, responsable de la lógica, es débil ante su majestad, es adicto a su efecto narcótico,

euforia, placer, fantasías, desinhibición, delirios de grandeza, etc. y a la falsa realidad que una situación amorosa conlleva.

Cuando el corazón pierde se es infeliz y siempre nos estará remordiéndolo la conciencia haber cedido ante la razón, y evocamos el “como sería hoy si hubiese hecho esto aquella vez” o el “si no hubiese hecho esto no hubiese pasado”, que son voces de arrepentimiento. Lo más seguro es que algún día nos lamentemos no haber cedido ante su magnificencia.

Las razones principales que hacen que el corazón pierda son materiales y económicas, familiares, orgullo o debilidad al no podernos enfrentar al qué dirán, de esto hay mucha tela que cortar pero la verdad es que la mayoría de las veces ante lo material pierde lo espiritual lastimosamente. Esta vez hablaremos de su empeño por ganar y de lo “bueno” o “malo” de que triunfe, y de si perdiendo se puede ganar o si ganando se puede perder.

Las características o cualidades principales, o más bien defectos, ¡grandes defectos! del corazón es que es incontrolable, tiene libre albedrío, se sobrepone a nuestra voluntad y a la de Dios. En realidad es el dueño de nuestro supuesto libre albedrío; a lo que debiera ser se empeña en llevar la contraria, no le gusta obedecer y tampoco olvidar. Uno trata, da todo, pero a él no le gusta. En el caso de esta canción no quiere olvidarla, no quiere renunciar a ella, actúa en contra de la voluntad lógica y se sobrepone a ésta, se niega a dejar pasarla, y hace a la razón rogarle.

Esta canción la compuse hace unos años, viendo un amigo y a su mujer luchar internamente contra sus corazones irracionales y sus lógicas razonables, una batalla campal donde no se veía la sangre pero si los girones de dignidad regados por donde pasaban. Además de sus cicatrices físicas, que se notaban a flor de piel en sus posturas, sus caras y estados de ánimo, también se percibían los golpes que habían recibido en el alma, ya que estaban destrozándose y amándose a la vez, esa fue mi apreciación personal en esos duros momentos.

Cualquier parecido con su realidad puede ser mera coincidencia ya que jamás presencié o fui testigo de su intimidad y jamás les comenté directamente a ellos, solo observé lo que el mundo circundante observó y me inspiré musicalmente.

No creo que hayan sospechado alguna vez que mi mente divagaba en su drama sentimental, jamás diría quienes fueron los amantes en los cuales me inspiré. No lo hice ni lo haré, no tengo derecho ni es mi problema juzgar o intervenir de alguna manera en la vida de los demás. Este tema y esta historia además de superficiales en cuanto a detalles son pura inspiración tomada viendo los toros desde la talanquera y de una manera bonita, por eso lo catalogo como ficción inspirada en hechos reales. Si alguien se identifica con la historia quiero decirle que no le estoy robando su vida, tampoco violando su privacidad, solo se presentó ante mi musa un gran incentivo para dejar volar mi imaginación, mi lápiz y mi música, igual que a un pintor se le presenta de repente un gran paisaje.

Tal vez alguien se sorprenda al ver que su historia se parece a esta y que se le ha dado un tinte musical, criollo y refrescante ante tanto dolor. Tal vez si le encuentran parecido con su historia propia tengan un poco de tristeza al recordar, pero tendrán alivio al ver que tiene detalles diferentes. Me disculpo por lo que evoqué para cada quien y le repito: no es su historia puntual lo que plasmé en este tema, es ficticia, no sucedió, solo se tejió en el mundo imaginario de mis locuras e ínfulas de compositor, ya que el ser humano tiene la capacidad de interpretar los sentimientos de los demás, sacar conclusiones, conjeturas y criticar. Frontalmente la opinión suele ser un poco reservada pero a espaldas es una carnicería donde no existe la misericordia, solo el regodeo de los zamuros sociales que somos, carroñeros perfectos de la peste y tragedia ajena. A pesar de todo esto aquí les muestro una versión bonita de una historia prestada.

Así pues en mi memoria se iba formando una poesía con melodía de lo que estaba pasando, eliminando la parte fea y venenosa de estos

problemas y viendo las cosas con los ojos del corazón, traduciendo de la manera más sutil y dulce posible. Si las cosas reales se vieses siempre con los ojos del corazón el mundo sería un paraíso ya que metafóricamente hablando todo puede ser bonito, y si se rima y se le da melodía adquiere la belleza del arte, de las letras y la poesía, además la bendición de la creación humana, el don de razonar que nos dio Dios. Estas cosas, estos detalles de la poesía, novela, historia, la letra de una canción, que tiene además el aporte melódico sentimental, son tan trascendentales en la vida de una persona que parece que hubiesen sido hechos particularmente para ellos ayudándoles a salvarse o terminándolos de hundir.

En el plano real sé que este hombre luchó a brazo partido y nunca pudo con el corazón; peleó, se embriagó, habló mal de ella, le hizo daño, se alejó, y dijo olvidarla mil veces. Nno pudo, y allí está, el ganador fue su corazón, y cuando ella se cansó de su disonancia y su desprecio se dio cuenta que su corazón también sentía algo por él, se rindió y su razón también sucumbió ante su corazón. Realmente nunca supe muchos detalles pero oí y vi, y mis conclusiones fueron este escrito producto de la similitud de una de mis canciones con su historia.

I

LA CANCIÓN QUE PRODUJO LA HISTORIA

La historia de este tema es prácticamente irrelevante, pero a raíz del mismo comenzó para mí una mucho más interesante, entonces en vez de hablarles de la canción les hablaré de lo que produjo a partir de que el protagonista se encontró con ésta.

Tengo la costumbre de que cuando compongo algo bonito se lo canto a mi gente más allegada a ver qué opinan. Difundí mi canción

entre mis contactos en una red social y de una vez un hombre que andaba en esas vivencias me escribió respondiendo a la canción y me dijo:

—Hermano, parece que me la hubieses escrito, me cayó como anillo al dedo, sobre todo la parte que dice: “*para ver si así rehago lo que perdí al adorarla*”.

Así es, el hombre escuchó el tema, se identificó y me prestó una historia parecida pero más rica en cuanto a drama que la esbozada en la canción. Se sumergió en el trasfondo del tema y le revivió su novela como si le cayera sal en una herida abierta.

En ese preciso instante se me prendió la chispa de esta historia para acompañar la canción. Juro por mi honor que no me gusta saber de la vida de los demás, pero notando la asociación que este amigo hacía, y lo duro que le pegó el tema, me comencé a interesar por saber más, no por chisme o simple voyeurismo, sino por entender la comparación que el hacía. Por supuesto jamás me imaginé lo que vendría después de esa confesión inesperada, lo que mis sentidos percibirían de aquella relación que aparentemente se veía bien pero que en realidad se desmoronaba.

Así pues, no fue una canción que produjo una historia sino una canción que despertó una historia. La canción sucedía al mismo tiempo que se desarrollaba el drama, cuando se encontraron por medio del oído del amigo se produjo el choque, y al comunicármelo empecé a tejer este cuento con sabor a realidad.

II

ASÍ COMENZÓ TODO

Él era cercano a mi familia y por su tono de voz y apariencia se podía palpar lo que estaba pasando y lo que estaba viviendo. Se le

cayó una estrella, cargaba en su espalda una decepción colosal; descubrió todo y más. En ese momento y como una espina de cubarro, inesperada, precisa y dolorosa, le llega mi canción. Me imagino el aguardiente que bebería, lo que sentiría, la vergüenza moral al decirme eso pensando que yo sabía de su situación, seguro imaginó que la había compuesto por su caso, cosa que le aclaré:

—Hermano, una cancioncita bonita que hice hace algún tiempo pa' pasar un guayabo sabroso y sin mucho trauma.

Me dijo:

—Parece que fue por mí.

Había difundido la primera parte y luego de eso le pasé la segunda, solo a él, buscando se diera cuenta de que no se trataba de su vida, pero más se identificó y celebró casi como orgullosamente. Me aupó, felicitó y como si le alegrara muchísimo, me dijo entre risa y emoción:

—¡Esa es la míaaa!

Quien sabe cómo le caería en realidad la canción completa, no la hice por su caso, pero conociéndolo y al manifestarme su impresión me di cuenta que se encontró en ella plenamente y le pegó; eso es lo que sucede con la poesía, la música y cualquier manifestación emocional de arte: al identificarse con ella resurgen sentimientos y recuerdos que creemos haber olvidado y reaparecen o aparecen como por arte de magia al ser evocados por la similitud entre estas obras y los sucesos vividos.

Volviendo al inicio, mucho antes de las incidencias y de que el hombre oyera mi canción, como toda historia de amor su comienzo fue muy bonito: dos personas que iban y venían rodando por la vida enrumbándose, desviándose, chocando, cayendo, levantándose, y así, llamémoslos Adán y Eva, para proteger su verdadera identidad y dar un toque de misticismo a la historia.

Eva, bonita, de estatura pequeña, morena criolla elorzana, criada en la humildad de sus abuelos y volviendo al albergue de su madre

al morir los viejitos, siempre con una idea de superación en su mente y viendo más lo material del momento que lo real de la vida, ya con experiencia en las lides del corazón y con varios fracasos que se podrían tomar como triunfos para ella, de un espíritu libre y dominante donde con una sonrisa lograba lo que quería y con su apariencia inocente subyugaba al que quisiera que cayera en sus brazos haciéndolo correr con sus caprichos de muchacha. Un lugar donde vivir, algunas comodidades, ropa y zapatos, comer fuera y llevarle algo a su familia, porque ni parrandera la muchacha.

Adán, un muchacho criollo, charrasco, trabajador, criado como se crían los hombres de por aquí, sin miedo a las vainas recias y a chocarle a la vida con el cuerpo entero, de esos que no les importa gastarse todo lo de un año en un día para darse un gusto, y de esos que no le temen a nada con tal de ganar buena plata, con un sentido del humor raramente visto en la gente, rayando en lo payaso con el único objetivo de hacerle brotar una sonrisa a los labios de Eva.

Los conocí ya cuando estaban juntos, en una visita fortuita a su casa, que no era de ellos sino que se la habían prestado para que la cuidaran con la condición de que la mejoraran mientras estaban allí. Presumieron de sus adquisiciones, camas, mesas, corotos, electrodomésticos y otras cosas. Conversamos sobre su avance material y me contó que se iba a trabajar en lo que le saliera a otro país, ya que en el nuestro la situación estaba muy difícil para lograr su metas. Me dijo que así fuera algo torcido pero tenía que salir adelante, dejando entrever que era por ella. Pues me dejó pensando esa vez sobre lo que uno se expone y a donde se llega por amor, las cosas que uno vive en la lucha efímera donde la única seguridad está en lo que uno siente y lo que desea, desconociendo lo que viene adelante. Así transcurrió el tiempo rápidamente, varias veces nos encontramos por allí y cada vez iban mejorando materialmente, alardeaban de lo que alcanzaban y de lo que gastaban, él se iba por un tiempo y cuando regresaba venía con todo, se le notaba el peso y el desgaste de su trabajo en su

apariencia, pero también la felicidad de andar con ella, se reía y la hacía reír, y se le notaba la satisfacción de consentirla y darle todo lo que podía darle. Se volvía a marchar cuando ya se quedaba sin dinero.

Le compró su moto, su carro, su casa, la amobló lo mejor que pudo, le llenó el closet, pero para poder seguir le tocaba alejarse nuevamente a sacar de donde era más difícil y a la vez más fácil, buscando lo que necesitaba para darle gusto a su corazón, ya que el que tiene quiere más. Pero cuando se trabaja torcido la oscuridad abarca todo lo que se logra con el producto de lo mal habido, siempre está el maligno por ahí acechando. En su ausencia ella se dejaba deslumbrar por lo que le ofrecía otro maloso, también en buena o mejor situación, y que principalmente estaba más cerca, y así seguía en su trono con su estilo de vida, no digamos de lujo sino de facilidad, faltándole a todo el esfuerzo de Adán y a su corazón. Y como las bendiciones y las maldiciones están a solo un paso, vino la desgracia de saber la verdad. Así se enteró, un familiar se sintió con el deber de contarle todo por apreciarlo y por sentir la frustración de lo que Eva le hacía. Para cerciorarse preguntaba a gente conocida y estos atizaban simplemente por hacerle daño, por verlo sufrir.

III

EL DOLOR

A mi parecer, saber la verdad es mejor, pero a veces hay cosas que es preferible no saber para seguir siendo feliz. La mentira es un anestésico ante lo dolorosa que puede ser la realidad, la persona al verse atravesada por una verdad punzante e inesperada lo que quiere oír es que esa verdad es mentira, y lo que desea es que todo siga igual que antes de enterarse de ésta.

Las cosas pasan porque pasan, igual nadie es dueño de nadie, se hace lo que se quiere hacer y se está donde se quiere estar, por naturaleza no hay humano completamente fiel, se domina el cuerpo pero el pensamiento es libre y vuela. El amor no se controla y no es exclusivo, se puede amar con o sin razón y con o sin medida, y el que ama de verdad no le importa nada y no entiende de razones. El amor es ciego, sordo, mudo y psicópata, cuando lo aconsejan los celos.

La historia de Adán resulta tristemente novelesca y se debe entender desde la perspectiva de su impotencia ante los hechos, ya que estaba lejos y le tocó enterarse así, a distancia. Creo que lo más duro es el no tener esa persona frente a frente para tener una explicación o justificación directa y para desahogarse, y a la vez Dios obra de maneras misteriosas al concertar esa distancia, tal vez para evitar una desgracia mayor ante un escenario de celos y desamor. Sea cual fuere la razón de estos sucesos y el desarrollo de las circunstancias, Adán actuó con la lógica racional y le dijo a ella que se quedara en su casa pero que no regresaría porque no la quería ver más, de igual manera le dijo que si se quería ir que se llevara todo.

Desde donde estaba continuamente luchaba con este desamor, y por supuesto, el señor tiempo se daba el postín más desesperante al ir lo más lento posible, haciéndole aún más desgraciada la existencia al pobre Adán, su corazón peleaba por imponer su voluntad, trabajaba como una bestia, infringiéndose castigo tal vez para tapan con dolor y cansancio físico lo que sentía en el alma. ¿Qué cruenta sería esa batalla?, ¿Cuánta sangre emocional se derramaría en su interior?, ¿Cuánto dolor físico aguantaría como para adormecer con este el de su desilusión? y ¿Qué nostálgicas serían sus noches en el silencio del monte? Qué tortura amarla sin poder dejar de hacerlo, seguro su deseo era que amaneciera al fin para seguir desgastando su humanidad con la brega y apaciguar así sus demonios, la rabia del

desengaño y la frustración de estar lejos y de no poder preguntarle frente a frente por qué, si con él lo tenía todo.

Y fue justamente allí, en ese tiempo, que el destino a propósito le presentó mi canción que parecía hecha con intención, alevosía y ventaja. Allí y justo así fue donde sucedió el encuentro de Adán con mi canción, por estas razones fue que él seguro pensó que se la había escrito particularmente, seguro hasta llegó a pensar que la hice en tono de burla, pues no, sin ninguna intención, pero igual llegué con semejante atrevimiento inconsciente y falta de respeto inocente a ese guayabo tan grande, y le suelto:

*Corazón échate un trago
que al fin te ayude a olvidarla
y así dejarás de amarla
como si fueras un mago,
ya deja de ser tan vago
y trata ya de dejarla,
yo tratare de borrarla
de mi memoria arrancarla
y así mismo le mal pago.*

*Labrando el día en este drago
Juraré no mencionarla,
su historia finalizarla
sin vueltas y sin halagos.
para ver si así rehago
de un guamazo y sin amago
lo que perdí al adorarla,
como no quieres sacarla
me obligas a soportarla
pues me muero si te apago.*

Y ese fue el fragmento donde el hombre se encontró plenamente, resaltando los versos “para ver si así rehago / de un guamazo y sin amago / lo que perdí al adorarla”, haciendo alusión a su esfuerzo y al fruto de su trabajo invertido en ese amor, ahora con el corazón vuelto pedazos y tratando de dominarlo para que no cayese nuevamente.

Desde ese momento hablamos varias veces, siempre planteándome el tema como si yo supiese mucho y me pudiese burlar de él, pero no, yo no sabía nada, solamente lo que se palpaba a simple vista y lo poco que él mismo me comentaba, lo que hablaban la familia y sus allegados y lo que deducía en silencio. Me transfiguraba en un personaje ficticio basado en lo que percibía que estaba viviendo, recopilaba material en mi mundo de suposiciones para poder hacer este relato y acompañar mi canción siempre con sumo respeto y resguardando su integridad.

Sé de su propia palabra que quiso asumir muchas responsabilidades que recibió de la familia de Eva y cuentas que adquirió complaciéndola. Soy testigo que saldó todo porque hasta conmigo había una deuda. Todo esto me parece que fue algo que hizo para que Eva supiese que estaba allí todavía presente, cuidándola y consintiéndola, era su corazón gobernando su razón y haciendo de las suyas, le gritaba en su pecho: ¡no la dejes ir!, ¡sigue amándola!, ¡es el amor de tu vida!, ¡cuidala! y así fue, siempre estuvo allí, presente a la distancia.

Así transcurrió algún tiempo entre dimes y diretes para regocijo del envidioso y el chismoso, además del público espectador que no perdía detalles, él mismo me lo dijo:

—Deben estar disfrutando allá en el pueblo con lo que Eva está haciendo, hasta con las patas me deben estar dando, pero bueno, qué se va hacer, con la lengua no puede nadie.

Pero al hablar entre la rabia y el desengaño, así como el diablito y el angelito que le hablan al oído en las comiquitas para tentar la conciencia, estaban su corazón y cerebro librando una pelea que

por supuesto ganaba su corazón, amándola y convenciéndolo que nada importaba sino ella. Cuentan los que compartieron ese tiempo con él, que andaba como un zombi, no hablaba mucho y siempre con la mirada perdida rehuyendo el contacto con otros ojos, unas bolsas que caían y hacían ver el trabajo del insomnio y la plaga, los pómulos huesudos y los cachetes hundidos, su cabello era crespo y le creció junto a su barba, que lo hizo ver aún más fuera de sí, con la razón en el limbo. Su rostro inexpresivo a veces soltaba una sonrisa sórdida, seguro recordando algún momento de miel junto a su amada. No comía sino unos bocados, lo que mermó su masa corporal y acentuó así su color amarillo con ojeras negras, tampoco consumía mucha agua, lo que se le notaba en el reseco labio inferior que apenas se notaba en el desorden de barba y bigote. Le hablaban y no atendía, se enceguecía en el trabajo hasta el punto de hacerse daño, sus hombros se cayeron del peso que levantaba, el barretón y el charapo convirtieron sus manos en una masa de callos, ampollas y llagas, ni hablar de sus ropas, hasta su caminar cambió.

Eva trató de enmendar sus errores en varias oportunidades, busco maneras, lo atacaba teniendo como aliado el propio corazón de Adán que la apoyaba ciegamente, confabulaban repetidamente valiéndose de las artimañas habidas y por haber, pero no conseguían tregua de su razón, el corazón aprovechaba y se la mostraba hasta en la sopa, aprovechándose de esos intentos de ella, como alegato y coartada le mostraba su propia apariencia en un espejito que ella misma le había regalado y le preguntaba a su razón si valía o no la pena perdonarla y ser feliz o si seguiría negando la posibilidad de regresar la luz a sus días oscuros, al final todo, pero todo, indicaba que aún estaba vivo ese amor.

La razón ganaba pequeñas batallas, y por frustración ante las negativas de Adán ella arremetía contra los bienes que habían adquirido en su unión, destruyendo así los vestigios materiales de su relación, sintiéndose extrañamente ofendida por ser descubierta y

luego por no ser perdonada, y más la indignaba que sabiendo el mundo que ella era la dueña del corazón de Adán él no cedía, todo lo que habían logrado fue arrasado en sus arrebatos de impotencia al no ser indultada. Adán con su orgullo herido en ese momento no quiso aceptar su arrepentimiento. Eva anduvo con su amante tratando de obviar lo que también su corazón sentía, blasfemó, pregonó desprecio por Adán y negó su amor como Pedro a Jesús, pero su corazón también le hacía la guerra, la hacía reconocer su error y buscar perdón una y otra vez.

IV

LA INCANDESCENCIA

Después de un tiempo sus arremetidas se fueron haciendo cada vez más esporádicas, y todo se fue calmando luego de haber sanado un poco alejando de ella lo que sintió que no le convenía, falsas amistades y el amante, y de aterrizar en la realidad. Cabizbaja, perdiendo también ante su corazón, siendo vencida por lo mismo que lo vencía a él, superando un poco la frustración que le causaba su rechazo, decidió sanearse y prepararse para implorarle nuevamente y así hacer un intento final para salvar su amor. Justo en ese momento de paz, y encontrándose Adán en un punto donde creyó que ya había tomado las riendas de su destino, estando todo en una aparente calma, se confió y aflojó. Lo que parecía sanidad era solo una membrana que cubría su vulnerabilidad, es entonces cuando el corazón en una jugada magistral, como si de ajedrez se tratara, tomó el control de su voluntad. Inmediatamente abrió las puertas de su ser de par en par, liberando así ese tropel de deseo, dependencia, abnegación, nobleza, perdón, ansias, entrega, sacrificio y felicidad, pasando por encima de la razón cual tsunami, arrastrándole, revolcándole, ahogándole y

arrodillándole ante su majestad, obligándole a regalarle nuevamente sus lágrimas, encendiendo aún más que antes la llama que parecía se venía extinguiendo, dándole plena facultad al amor impetuoso que los hacía hervir por dentro hasta perder la noción de los tantos millones de personas que hay en el mundo y verse el uno al otro como lo único que existiese.

Adán dio lucha, ganó algunas batallas, peleó hasta más no poder. Los que lo conocimos podemos dar fe de ello, pero al fin lo venció el corazón, perdió la guerra, tanto así que se fue lejos, y aún más lejos de lo lejos, muy lejos, pero desde la distancia más grande siempre hizo presencia cerca de ella, preguntando, estando pendiente, siempre respondiendo por lo que había que responder y esperando el momento de la incandescencia espiritual donde no importa nada en el mundo, ni la vida, ante el verdadero amor y el poder del corazón.

Al perdonarla y enlazar la bandera blanca con la suya decidió pedirle que hicieran un mundo aparte para no tener que enfrentar la gente que sabía lo sucedido, un terreno neutral y nuevo, tener un nuevo comienzo desde cero. El corazón fue tan fuerte y tan determinante que encontró una solución y por encima de su orgullo, dignidad y razón lo obligó a dejar su mundo personal y crear una realidad alterna donde no había pasado nada, su corazón fue tan noble y su triunfo fue tan digno y decoroso que no quiso humillar sus pensamientos, sus presencias físicas ni su unión. El sentimiento se llevó el cuerpo a un mundo desconocido para amar a su amada. Entonces encontré sentido a mi creación y me enamoré de ésta, me imagino que desde ese momento esta canción estuvo presente siempre en su vida, como también en la mía.

En su mundo aparte se amaron aún más, sin límites y sin reservas, planeando su redención, su nuevo comienzo, sus vidas, su amor, su regreso. Comenzaron a lograr cosas nuevamente y desde su ubicación enviaban dinero a familiares que les iban ayudando a

adquirir de nuevo su casa y sus enseres, cuando comenzaban a ver nuevamente su futuro y su lugar en su pueblo, con su gente, cuando comenzaban a estabilizarse, deciden que Eva se adelantara mientras él continuaba en su trabajo por un tiempo más, hacer un remate triunfal reuniendo una buena cantidad de dinero y regresar también para montar un negocio y terminar de acomodarse. A ser feliz, pues.

V

EL ESPERADO RETORNO

Al poco tiempo de su regreso, sola y con algunas complicaciones de salud, Eva descubre que estaba embarazada, lo que fue una gran noticia para Adán y que celebró largo tiempo, sintiéndose seguro en las alas de la felicidad, en las mieles del éxito, en su paraíso terrenal, habiendo superado su orgullo y sus complejos, complaciendo su corazón, y ella también siendo feliz, viendo al fin su redención y la gran oportunidad que le llegaba, la estabilidad, una familia, un futuro.

Él comenzó a separarse poco a poco del mal trabajo que tenía, tratando de invertir el dinero de otra manera y así rendirlo. Se las ingeniaba creándose otras entradas para así cambiar sus fuentes de ingresos, para limpiarse y redimirse. Compraba queso a puerta de corral y lo llevaba a las poblaciones fronterizas colombianas donde se le ganaba buen dinero, una suerte de contrabando, formando así parte de la economía de frontera que siendo ilegal es perfectamente permisible en vista de ser la vía común del sustento en esas zonas calientes. De allá traía encargos y cualquier cosa que le pidiesen, iba y venía, mientras tanto la situación les mejoraba.

Cuando estaba listo para regresar pensó hacer su último negocio de contrabando y así fundarse y dedicarse a su familia en su pueblo.

Compró todo el queso que pudo con el dinero que tenía y se fue a venderlo a Arauca. El negocio fue exitoso, y tal y como estaba previsto fue su último negocio. Al recibir el jugoso pago quiso celebrar allí mismo, en Arauca, antes de regresar a su pueblo definitivamente. Llamó a dos o tres amigos que trabajaban todavía en lo torcido para compartir algunos tragos y hablarles de su cambio y de su superación, tratando de aconsejarles y de demostrarles que se podía salir de allí, pero estaba muy equivocado, de allí no se sale ileso. Estaban en un sitio de no muy buena reputación, sentados alrededor de una mesa tomando cervezas, emparrandados, gritaban, bailaban, no permitían recoger los envases para mostrarle a los demás la cantidad de bebida que habían consumido; reían, cantaban, pedían canciones, él mostraba su dinero y hablaba de su buen negocio y de su felicidad. Mientras más entraba en calor más presumía y se despedía para no volver allí, ni a trabajar, ni a lo malo, ni a lo lejos, ni a lo perdido, ni a lo ilícito, ni a lo oscuro. De repente uno de sus amigos se levantó y salió caminando como si fuese al baño y fue allí que lo ayudó a que ése fuese su último negocio por esos lares. Uno de sus más allegados, por la espalda, como suele suceder en todo episodio de traición, le dio cinco balazos, le sacó la plata de los bolsillos, abrió el bolso donde tenía el resto y lo metió en el suyo, se tomó la cerveza que acababa de pedir de un solo trago, eructó y se fue como si nada a la vista de todos los que estaban presentes, allí quedó lo que quedó de Adán. Al pueblo llegaron solo las noticias, las malas noticias no encuentran los obstáculos que se le presentan a las buenas.

El futuro murió, al buen tiempo lo mataron junto con Adán. Lo mató un maloso a balazos, por envidia, pero estoy seguro que su corazón tuvo parte de la culpa al tirarlo a un mundo oscuro a buscar fácilmente una vida mejor para ella, anhelando siempre tenerla como una reina y seguir perdiendo al adorarla. Murió como un macho porque lo mataron por la espalda, con el orgullo de haber podido perdonar. Se fue habiendo vivido la ambrosía de haber amado sin

condiciones y con la maravilla de haber compartido sus tiempos finales con quien amó desmesuradamente.

Para hacer más increíble esta historia y para darle más drama, el embarazo de Eva se complicó. Lidiando con su pérdida y su duelo, el trauma de aquella muerte tan violenta contaminó su corazón y también el de la criatura. Sumida en una depresión se enfermó de alma y cuerpo y perdió el fruto de su amor, que no conoció este mundo. Pasó directamente al infinito junto con Adán, que de seguro pagó todo el mal que pudo haber hecho aquí mismo y pudo esperar su ángel en el cielo, yéndose así todo vestigio vivo de ese gran amor y del corazón de aquel, así sería el desamor y el descorazonamiento por su muerte que le hizo perder hasta lo más grande que le había dejado. Parecía que el corazón de Adán se quería llevar el de Eva. Perdió su cordura y casi muere por las complicaciones del aborto, despertó en una realidad distorsionada, su familia la siguió hasta que recuperó su salud para poder así enfrentar tamaña tragedia. Tan duro fue su choque con la realidad que aún divaga en esos mundos que solo su alma tan sufrida sabrá.

¿Que si Adán fue feliz? Sé que sí, estoy seguro, y que la hizo feliz también. Creo que vivió momentos de tanta placidez y resplandor romántico que su vida estuvo completa. Se fue sin saberlo, no se dio cuenta, se sentía pleno, lo había conseguido todo. A veces pienso que tal vez hizo un pacto con Dios o con el diablo para que se le permitiese llegar a esa instancia a cambio de su vida. Quién sabe.

Sé que ella lo amó, lo amó tanto que regresó, lo amó tanto que lo hizo feliz y le dio el gusto a su corazón. En un sentido figurado él ganó, su corazón hizo que ganara y logró complacer su vida. Ella lloró su partida con lágrimas verdaderas, tanto así que dejó ir con su amor el fruto de los dos, como para que le hiciese compañía donde estuviese. El corazón de ella también se impuso e hizo que se redujera, o más bien descendiera a los escombros del dolor para

lograr su perdón, perdón que aquel corazón negoció con su pensamiento y su razón.

Anduvo un tiempo por el mundo paleando su realidad, mezclándola con la utopía de lo que hubiese sido si aquello no hubiese pasado, con la sombra del “no se pudo” permanentemente acosándola. Un alma en pena que trataba de volver a la tierra de los vivos y que la halaban desde allá hasta que desde el otro plano el corazón de Adán al fin la liberó, al fin le dio paz, la soltó y la hizo emprender un nuevo camino.

De Eva actualmente no sé mucho, pero sí sé que tiene una nueva vida, cargando con esta historia en sus mejores y peores recuerdos. Sé que en su corazón siempre estará Adán, sé que en sus sueños y en sus sonrisas siempre estará él, sé que lo sentirá donde ella esté, y sé que en sus mejores y peores momentos le hablará y le dará el aliento necesario. Sé que no sentirá algo igual mientras viva en ese cuerpo y sé que si hay otra vida se reencontrará con él.

Hoy quiero honrar su amor con esa canción y con este escrito: “Corazón déjala quieta”.

ADIÓS MI RANCHITO VIEJO

*Adiós ranchito embarrao
no sé si vuelva mañana,
me despido enguayabao
para otras tierras lejanas*

Así comienza este pasajito a mi parecer criollo y poético, plasmando simbólicamente el sentimiento y la nostalgia por aquello que dejamos atrás. Eterno solo Dios, de eso podemos estar seguros, el resto es perecedero, ya que lo mismo que hace posible la vida también es

responsable de la muerte, lo único que prevalece en el camino de los mortales es el recuerdo, mientras haya razón; sin ésta no queda nada. De recuerdos vivimos porque el futuro no se sabe, el detalle es que a veces son tan insoportables que nos hacen morir en vida. Así como vivimos de ellos, también recordando podemos morir.

Vivimos sin darnos cuenta que cada momento es único e irrepetible, cada cosa que vivimos es algo que no volverá a pasar en nuestra realidad cotidiana; mil veces puedes comer el mismo plato pero cada vez será diferente.

Las malas vivencias nos marcan, se superan o no se superan, no se olvidan sino que se mitigan, siempre estarán rondando por allí aunque no lo parezca. El temor de volver a vivir ciertas situaciones desagradables fortalece los traumas y en el momento menos esperado vienen éstos a molestarnos, a veces hasta con más intensidad que antes, empañando cualquier buen momento. En cambio las buenas vivencias se saborean, dan esperanza, se añoran mientras se exista de alguna u otra manera, con razón y sin razón.

Al final en el pensamiento se mezclarán los recuerdos malos y buenos, lo que se tuvo con lo que se quiso tener, lo que se vivió y no se quiso vivir con lo que sí se quiso, convirtiéndose todo en una fantasía mental basada en la realidad, constructiva o traumática, idealizando versiones subconscientes cada vez más perfectas, que a veces permanecen intactas y a veces son vapuleadas y hasta derrumbadas por la sombra de los malos recuerdos.

Lo irónico es que todo, lo bueno y lo malo vivido, y lo que se soñó, todo va deshaciéndose internamente con la razón en el tiempo, espacio y olvido, hasta que no quedan vestigios de lo que fue o no fue.

Hay despedidas donde se quiere el olvido, donde ya se quiere dejar atrás y no saber, queremos hacer como que nunca existió eso que se deja, y hay despedidas en donde se rinde honor, donde quedan tesoros de recuerdos valiosos, sentidos y bonitos, rindiendo

un tributo a lo que se está despidiendo, demostrando el gran significado que tiene en nuestra vida el sacrificio, entrega, respeto y amor entrañable.

Las cosas cambian con el tiempo y hay que aferrarse o soltar, lo coherente y lógico es soltar y seguir, pero duele mucho irse o dejar ir, siempre se desea regresar a lo que te hizo feliz, en el subconsciente se verá siempre bonito y placentero. Al contrario pasa donde se te trata mal o se vive una mala experiencia; puede ser el paisaje más hermoso o la casa más lujosa pero siempre se percibirá como sombrío, negativo, repugnante. Nada es lo mismo dos veces pero las memorias quedan, aunque la gente cambie, el ambiente, el sitio, la casa, el pueblo, etc. El recuerdo deja las cicatrices más profundas, las que quedan en el alma y a veces se ven más que las de la piel.

Cada quien tiene lugares que albergan recuerdos que son como fantasmas de lo que se tuvo y ya no, es imposible separarse de estos sitios porque allí se es verdaderamente libre, estos a la vez te castigan porque la felicidad que se tuvo es irrecuperable, allí pasaron tantas cosas bonitas que forman parte de nuestras añoranzas. Al volver revivimos todo aquello pero al chocar con la realidad nos duele. El tiempo pasó, lugares que se aman con el alma pero a la vez destruyen al no tener ya lo que recordamos, y como son solo eso, recuerdos, ya no se corresponden con la realidad.

En el pensamiento siguen estando, además del que está, universos que se marcharon, realidades que cambiaron, y todo lo que ha recogido nuestra percepción. Cerramos los ojos y percibimos olores, sabores, sonidos, texturas, recordamos los colores, las formas, los climas y todo lo que conocemos, pero ¡qué difícil es la realidad cuando los abrimos! En ese momento es cuando termina el cuento y se cae del paraíso. Mientras seamos coherentes es imposible vivir suspendidos en el tiempo, hay que asumir las realidades circundantes así choquen con los buenos recuerdos porque éstos fueron, pero ya no son reales.

Esta canción es un adiós metafórico donde planteo la idea de una separación sentida, en contra de la voluntad pero a la vez inevitable y necesaria, porque de otra manera los buenos recuerdos terminarían lo que queda de vida.

Ya después de afrontar la realidad y darse cuenta que todo terminó, es allí donde la despedida es obligatoria, pero comienza el nuevo camino.

I

EL COMIENZO DE LA HISTORIA

Esta historia comienza en un pueblito de esos que no aparecen en el mapa y que existen solo para los que lo habitan. Un ecosistema humano fuera de lo común, el sitio ideal para este relato y para crear o recoger una y mil anécdotas, donde cada persona es un personaje por la rareza de su ser y por la poca contaminación urbana presente, donde con solo describir sus realidades se tendrían en las manos las más hermosas historias reales o imaginarias, mejor dicho, en criollo, el sitio de donde se podrían sacar los más hermosos embustes.

Apureño y ribereño, situado en un punto recóndito entre Elorza y Puerto Infante, margen izquierda yendo aguas arriba, muy poco conocido y por ende poco visitado por los elorzanos pero allí estaba. El Jobal lo llamaron sus habitantes por la abundancia de árboles de jobo en esas riberas, que muy bien se pudiese haber llamado trinitario o trinidad, por los arbolitos que tienen ese nombre por aquí, y en otras partes buganvilias; o la manguera, por la cantidad de mangos en los solares de las casas y en el barranco, que a lo lejos parecen un muro que protege dicho pueblito. Un paso real abierto con unas poquitas canoas, curiaras, algún botecito con motor y alguna lancha militar cuando había comisión por esos predios. Allí

mismo, en su única entrada, el paso real, comienza su única calle por la cual se ven carros solo en verano, que entran por la parte de la sabana porque en el invierno todo aquello es un mar de agua dulce. Su calle bonita, con una gramita bien rebajadita, verde de invierno y verano, lo que da una imagen fresca y mágica, se podría decir, y cuando florecen los trinitarios que tienen enfrente sus escasas 18 o 20 casas es un verdadero espectáculo. Su calle termina a unos 200 metros aproximadamente, con una plaza Bolívar sin estatua, busto ni acera, pero con grandes samanes, mangos, jobos, madroños, una iglesia pequeña hecha de adobe pintada de blanco con líneas rojas, sus puertas de madera rústica bastante grandes y siempre abiertas de par en par para el que quiera orar. Sin cura pero con gente acudiendo siempre en busca de acercarse a Dios, tres rosarios diarios dirigidos por los pobladores de más edad que se turnaban en tan necesaria labor espiritual.

El Arauca, camino fluvial y fuente de riquezas ancestrales para las poblaciones ribereñas, pero también una ruta de escape y de contrabando de Venezuela a Colombia y viceversa, razón por la cual se situaban alcabalas de las fuerzas armadas en las curvas del cauce como para sorprender. Éstas eran ubicadas provisionalmente o simplemente móviles, muy rara vez el gobierno se apersonó por El Jobal, que por ser un paso fijo no tenía caso hacer sus alcabalas allí, ya que los maleantes lo sorteaban por rutas terrestres. Pero esta vez por cosas del destino se establecieron con la intención de atrapar un militar fugitivo que al parecer había echado una vaina en el pueblo y salió huyendo por esa vía. Lo esperaron en Puerto Infante y nunca llegó, la canoa donde supuestamente escapó pasó por allí y fue requisada exhaustivamente, pero él no iba, entonces sospecharon que estaba por esos lados, razón por la cual se establecieron así en El Jobal para investigar en su intento por darle caza.

Todo esto se manejaba con una extraña confidencialidad y misterio, la gente del pueblito no sospechaba lo que estaba pasando;

solo una alcabala, un punto de control. Cuando la gente preguntaba a qué se debía le respondían que nada del otro mundo, robos de ganado y contrabando, etc. y la vida seguía normalmente. Lo único que cambiaba era que las muchachas más bonitas dejaban de pararle a los muchachos del pueblo y se inclinaban a los uniformados.

Cerca del pueblito habían muchos funditos, finquitas, hatos, fundaciones, un entorno llanero, ganadero, agricultor subsistente, y a orilla del río el monte tupido y difícil, con algunos claros barranqueros pero igual detrás de éstos continuaba el monte, ese monte que da la impresión de que ataja las aguas del río para que no inunden el mundo. Iban en una canoa el patrón, el palanquero y el fugitivo, el que el gobierno buscaba. No tenían cómo ocultarlo, todos sabían pero nadie comentaba ni preguntaba, atendiendo el código moral que opera en este tipo de rutas. Todavía atontado por los golpes y la inflamación, visiblemente afectado, tosía y se quejaba disimuladamente, solo habló un par de palabras, permanentemente en silencio para no delatarse, pero el “buenos días” con su acento andino al momento de montarse a la canoa en la playa del Zamuro, por donde Boca e’ Pájaro, además de su apariencia, le fue imposible de disimular.

Levantó la voz el patrón de la canoa, que no llevaba nada sino que iba a buscar, sabiendo por la rareza del pasajero que venía huyendo, para protegerlo, no delatarlo y con afán de que se bajara para evitar problemas, grita avisando:

—Llegando a El Jobal, puede habé alcabala gobernera o del monte (refiriéndose a la guerrilla que también hacia puntos itinerantes).

Oyendo esto y al ver un claro en la orilla el fugitivo se tiró al agua, lo que la gente de la canoa tomó como un alivio, ya que esas cosas las hace alguien que está metido en un problema grande. El patrón se persignó y dirigió su vista al cielo como agradeciendo, y le dijo al palanquero:

—Ta’ bien, menos mal ya había pagao el pasaje.

Aceleró el motor y pasó tranquilo El Jobal. Todavía no había alca-
bala allí pero unos momentos más tarde los alcanzarían los fluviales
y los pararían, revisarían y le preguntarían, pero la respuesta fue la
acostumbrada para quien no quiere problemas: no sé, no vi nada.

Allí había quedado el hombre, en un claro de monte justo antes
de llegar a El Jobal, seguro perdido, pero dispuesto a no dejarse
atrapar.

II

EL DELITO

Para continuar la historia es necesario detallar el porqué de la huida.
Resulta que en Elorza, pueblo muy parrandero y de muchachas bo-
nitas, pero también hombres orgullosos y celosos con sus mujeres, se
llevaba a cabo una fiesta en un lugar llamado Mi Caney. Concurrían
a ese lugar la gente parrandera del pueblo, que dicho sea de paso
es mucha, algunos más viejos y otros más jóvenes que otros; estaba
allí pues la vida nocturna de la comunidad. Entre toda esa gente
resaltaba María Elena, joven que estaba de amores tristes con un
muchacho muy popular por ser deportista y perfilarse como uno
de los grandes representantes de la región, llamado Emilio; alto,
robusto, bien parecido, y ella, bueno, ella era una de las más bonitas
si no la más. Los dos en la flor de la vida, dicen por ahí que de los
quince a veinte años nadie es feo, pero se presentaron diferencias y
andaban separados y picándose a ver a quien le dolía más.

Estaban en ese lugar también unos guardias nacionales que habían
estado de comisión y se habían ganado un merecido descanso, el
cual decidieron invertir en ese fin de semana y esa parranda elorzana.
Entre ellos Armando, de procedencia andina, para ser más precisos

de Táriba, Estado Táchira, que desde que llegó fijó su mirada en María Elena.

Una de las amigas de la muchacha se dio cuenta y le comentó:

—Mira María, el guardia viéndote, el catirito...

Ella le responde:

—¿Cuál? ¿Ta' bueno? Ese sí puede servir pa' ver qué hace Emilio.

Con afán de hacer encender los celos en el muchacho y que la buscara nuevamente, fue así como ella también miró fijamente, con intención de atraer al tal Armando.

Al cabo de algunos minutos de miradas entre ellos y piquetes de ojos de parte de Armando, él mismo decidió acercarse y ofrecer una cerveza, que María aceptó gustosamente, preguntándole al tomarla si sabía bailar. El hombre le dijo que lo comprobara ella misma, y así salieron a bailar una de Natusha.

Simultáneamente estaban los amigos de Emilio viendo la escena, ofendidos por aquel atrevimiento de María y la inocente pero para ellos “falta de respeto” del guardia, dando así comienzo a la siembra de discordia y el chalequeo al muchacho. ¡Qué bolas! ¡Se pasaron! ¡Te tumbaron! ¡Ahora sí es verdad! ¡Un guardia!

Y fue creciendo la molestia hasta que lo increpó:

—¿Quién eres tú, falta e' respeto? ¿No respetas las mujeres ajenas?

Armando, que era ajeno a todo al problema que le esperaba de parte de ellos, respondió:

—¿Quién es usted? No lo conozco. Si fuese suya estaría con usted y no bailarías con nadie.

Y fue así como Emilio lanzó el primer golpe, formando una gran pelea donde no se sabía quién era quién y que al final terminaría con personas heridas de gravedad y el local destrozado. El culpable según todos los involucrados, era el forastero, por supuesto. Y la verdad fue uno de los que salió más golpeado, y con varias heridas punzo cortantes superficiales que no sabía de donde habían venido.

Un hijo del dueño del local llamado David, persona justa, lo ayudó a salir del sitio y le recomendó que se fuera, le alertó sobre los muchachos con que tuvo la pelea ya que eran hijos consentidos de personas influyentes del pueblo, y por supuesto con muchas amistades arriba, escuchados por las autoridades, así que el culpable sería él, de seguro, y por tanto pagaría todo. Le recomendó que se fuera y él se encargaría de cobrarle a los padres de los verdaderos culpables los daños y de ayudarle a limpiar su nombre. Le ayudó con algo de dinero para el pasaje, ya que en la pelea fue despojado de su billetera, sus documentos personales y las pocas pertenencias que llevaba consigo. Sus zapatos, su ropa, quedó desgarrada y ensangrentada, por eso le proporcionó también una camisa vieja y unas alpargatas para que disimulara un poco más, además de darle algunos analgésicos y desinflamantes. Le dijo que esperara por los barrancones una canoa roja llamada La Ribereña que salía para El Amparo en pocos minutos. Conocía el motorista, por lo que le aseguró que en esta podía ir tranquilo, además de ciertas recomendaciones. Y así fue, el hombre se lanzó a la fuga.

III

LA PRIMERA VEZ

Saliendo a la orilla, solo con la camisa y el pantalón todavía ensangrentado y roto, sin zapatos, sin plata, sin papeles, sin nada, muy golpeado y cortado, trepó el barranco como pudo. Luego se arrastró hacia unos mangos cercanos y allí quedó en las raíces de uno de estos árboles, desvanecido del cansancio, los golpes, la angustia y el miedo a ser apresado injustamente.

Perdió la noción del tiempo que pasó allí; horas, días, no supo. Cuando despertó se sentó, adolorido pero un poco deshinchado,

recuperando el sentido poco a poco, con sed, con hambre, débil, desorientado. Bajó al barranco a beber y se lavó un poco el barro, luego subió y pudo comer unos mangos y así pasó el día, y el otro día, y el otro día, hasta el cuarto día que decidió explorar un poco más sintiendo ya la falta de proteínas. Caminó por un rato y escuchó voces. Fue muy cauteloso al acercarse, una voz femenina resaltaba, estaba cerca y cantaba:

*Adiós barrancas de Arauca,
barrancas de Arauca,
hermosa tierra llanera*

Se asomó entre los matorrales y allí estaba ella, lavando ropa en una batea vieja a la sombra de unos amelinos, y más atrás rodeada por unas matas de topocho cenizo, de una de las cuales colgaba un racimo que botaba una flor vinotinto oscuro con florecitas amarillas, que parecía que la acompañaba en un peinado contrastando con su cabello castaño y suelto. La morena más linda que había visto, sangre criolla caliente, con un cuerpo exuberantemente voluptuoso esculpido en las labores, el baile y la buena alimentación de la gente de campo. Sintió que se le quitó el hambre ante tal vista, solo cubierta por una batita de pijama cortita, de corazones rojos, ceñida y mojada, lo que permitía que sus atributos se notaran sin dejar nada oculto a la mente morbosa de cualquier mortal. “¡Qué preciosidad! Y en qué momento vine a verla”, se decía Armando a sí mismo en el pensamiento.

El hombre después de unos momentos de divagación volvió en sí y retomó su hambre. Aprovechó la concentración de la muchacha y rodeó la casa con sumo cuidado, siempre a una distancia prudente, a ver qué conseguía. Divisó una vara de tasajera donde estaba una carne seca muy bonita y cuidada. Esperó el momento indicado, corrió como nunca y agarró un tasajo, pero en ese momento salieron

los perros y le tocó huir con su bocado, no sin antes dejarse delatar por los ladridos y por su carrera. Y así fue como Carmencita vio por primera vez a Armando, y se regó la voz en el pueblo que andaba un loco rondando.

IV

EL ENCUENTRO

La gente estaba alerta, todo el mundo asustado, las madres bellacas con los hijos. El Jobal se acostaba temprano, pero Armando ayudado por su entrenamiento militar se las ingeniaba para seguir subsistiendo hurtando lo que podía. La gente ni cuenta se daba de las pequeñeces que el hombre se llevaba: algunas frutas, algunos pedazos de carne de las tasajeras, que eran muy utilizadas para conservar los salones de chigüire, babo, pescado y res, algunos huevitos de gallinas, hasta una que otra gallinita, pero muy sigilosamente.

Después que pasó todo el chismorreó, “que si yo no sé quién más lo vio, que si el hombre del monte, que si un espanto, que si un duende”, ya el cuento de Carmencita comenzaba a perder credibilidad. La gente comenzó a perder el miedo y a dudar de la historia del loco, y hasta decían que la loca era ella, así la llamaban a sus espaldas las muchachas del pueblo, “la loca”, pero ella estaba muy segura de lo que había visto y decidió hacerle cacería para demostrar así que su avistamiento era verdad. Dejaba cestas de frutas, buenos pedazos de carne, huevos, y nada. Entonces pensó: “éste no es ningún pendejo, sabe que lo estoy cazando”, y recordó el día que lo vio, la situación en que ella estaba, y pensó en recrearla. Decidió comenzar a bañarse afuera, en el lavadero, asumiendo el riesgo de caer en las manos de un loco, pero se decía a sí misma: “no debe ser un aberrado porque ese día robó fue comida, lo que tenía

era hambre”, y le ganaba la curiosidad, sumada a la impotencia de demostrar que sí había un loco suelto por ahí.

El hombre se hizo asiduo espectador de aquel espectáculo, todos los días rotaba de puesto entre la maleza, camuflado con carbón y con ramas, siguiendo las tácticas militares. Ella se sentía observada y crecía su obsesión por saber quién era y demostrar su existencia, hasta que un día una hormiga tigre hizo el trabajo.

Al sentir la dolorosa picada de la hormiga entre los dedos gordo y largo del pie, no gritó, se contuvo, pero saltó al sentir aquella mordedura tan dolorosa, moviendo así también el matorral donde estaba oculto, delatándose. Ella corrió rápidamente como estaba acostumbrada, por supuesto más rápido que él, que de paso no estaba acostumbrado todavía a correr descalzo en la maleza. Acababa de recibir una picada de la hormiga más poderosa que hay por esos lados. Ella lo alcanzó en un corto trayecto, empujándolo, volteándole e inmovilizándolo al montársele arriba. Le tomó por las muñecas y al fin quedaron frente a frente y cara a cara. Se vieron a los ojos, pero el hombre no resistió la tentación de ver sus senos que se transparentaban en su vestido de baño. Con desespero lo soltó para taparse y aun montada sobre él le preguntó:

—¿Quién eres tú?

Rendido y apelando a la humildad y nobleza de la muchacha le dijo:

—Déjame levantarme y te cuento, ya me atrapaste.

Le contó sinceramente su desventura y le dijo que no era malo, que solo era un muchacho de bajos recursos que quiso superarse ingresando a las Fuerzas Armadas y que estaba allí porque le pasó eso tan injusto de la pelea. Ahora no sabía ni donde estaba, viviendo como un loco, robando comida, y que ya iba para más de tres meses sin saber de su familia y ellos sin saber de él.

Ella se conmovió mucho con su historia, aunque todavía tenía muchas dudas sobre tan misterioso personaje, pero decidió ayudarlo un poco.

Pantalón, camisa y alpargatas, y un plato de comida con una garrafa de agua. Ese día Armando se dio un banquete y al fin se vistió de limpio.

Le dijo:

—Vamos a pensar cómo sacarte de aquí. Debes irte, corres peligro, si saben de tu existencia pueden delatarte. Sin saber puse en alerta a toda esta gente contra ti.

V

EL RANCHO EMBRUJAO

Así pasaron los días, se hicieron amigos. Al fin Carmencita le creyó, se cuidaba mucho de que nadie la viese cuando iba a visitar a su amigo, se perdía en ese monte. Armando rotaba de lugar, se comunicaban por silbidos y hasta crearon su propio lenguaje de esa manera. Cuando se encontraban se aseguraban que no anduviera nadie por allí y se desahogaban hablando mucho de sus vidas y de cómo y por qué eran como eran. Ella se perdía en ese mundo, se ausentaba de su vida normal en el pueblo, ya no se veía, y su apodo de “la loca” se arraigaba más en la gente, decían que era un duende que se la quería llevar, que estaba embrujada, que hablaba con fantasmas, que era un mal que le echó una bruja de El Amparo. Le tenían miedo, sus piernas y brazos llenas de rasguños y picadas, su pelo descuidado, como para ponerse en el lugar de Armando se sometía a lo mismo, seguro para hacerle más llevadera su situación, o tal vez para demostrar que siendo de allí y siendo mujer también podía aguantar tales cosas. Y así fue sintiendo algo, su nobleza le produjo lástima,

su lástima le hizo compartir sus penurias, el compartir sus penurias le causó apego y ese apego ya estaba sabiendo a amor.

El pueblo la marginaba, perdió sus amigos por su fama de loca y embrujada, en su casa tenía problemas por su apariencia descuidada y por llevarse la comida, además las malas lenguas de El Jobal la golpeaban cada vez más duro. Al sentir ese rechazo se refugiaba en los brazos de Armando, identificándose y apoyándose plenamente en él, el rechazo de su gente la hacían sentir que estar con él en el monte era su única salida. A veces se preguntaba: ¿por qué tenía que asumir la culpa, o más bien la responsabilidad de lo que vivía Armando? Y regresaba al pueblo, pero su mente no se apartaba de él, y de pronto se conseguía con las ganas de verlo y de hablarle, de oírle sus historias y de estar en su presencia, y volvía a perderse en el monte.

Fue así como decidió hacer un rancho monte adentro. Ella planeó todo; se atavió con collares, pulseras, se pintó la cara y los brazos con extraños símbolos, se puso plumas por todos lados, se alborotó la melena e hizo un garrote con un palo lleno de nudos, redondeado en la parte de arriba, el cual adornó con diferentes cosas, incluyendo huesos.

Así se le apareció de pronto a don Silvino que estaba solo revisando un cañal que tenía a orillas del río. Él era el dueño de esas tierras ribereñas y sabía por supuesto del cuento de la muchacha, por lo que en el momento de verla se asustó bastante. Ella rápidamente le rogó que no se asustase, que venía en son de paz. Así mismo pidió permiso para levantar un rancho y sembrar un conuco, que no se preocupara, no iba a cercar ni se iba a adueñar valiéndose de su fama de “embrujada”. Le dijo que solo iba a hacer una línea blanca en el suelo para que no salieran de allí los duendes que la acompañaban, de lo contrario se regarían por todos esos confines e iban a enloquecer a todo el mundo así como pasó con ella. Mientras decía eso a la distancia Armando corría en el monte, silbaba, pegaba gritos. El

hombre cada vez más se asustaba y entendía como verdad todo el rumor del embrujo. Para terminar de convencerlo se comprometió a que en pago por su permiso iba a tener mucha suerte en sus negocios y rendimiento en su cría de ganado. El hombre a regañadientes y con mucho susto aceptó, con un poco de reserva pero también atendiendo a su crianza mística y esotérica pensando en que le haría prosperar. Al final de dicha conversación y para completar su plan Carmencita, cambiando su acento y manera de hablar, le dijo:

—Aviértale a la gente que no se arrime po' allá, que no pasen la raya blanca, po' qué van a dentrá a la maldición y le van a caé el poco e' bichos arriba.

Diciendo esto se perdió en el cañal en una veloz carrera.

Fue así como decidieron darle rienda suelta a los rumores, utilizarlos para conseguir la privacidad y a la vez la libertad para estar juntos de una manera más cómoda. don Silvino, con mucho recelo pero pensando en el sortilegio ofrecido, condoliéndose también viendo en lo que se había convertido esa tan bella muchacha, decidió apoyarla y le dio su permiso, aprovechando también de tener vigilada esa ribera, por donde era frecuente el robo de ganado en canoa, y así mediante una relación simbiótica comenzaron a construir su ranchito de barro. Simultáneamente en el pueblo se construía también el rumor de que había una bruja viviendo en esa barranca, con su respectiva historia: una muchacha muy bonita a la que por envidia la hechizaron y se volvió loca, perseguida por demonios, fantasmas y duendes, y que allí vivía con todos ellos, convirtiéndose Carmencita en una suerte de medusa criolla que nadie podía estar en su presencia porque podía embrujarse.

Hicieron pues la embrujada y el duende su ranchito embarrado con techito de palma, limitado perimetralmente por tres líneas de ceniza blanca a cinco metros una de otra, que encerraban una superficie de aproximadamente ocho hectáreas, todo natural. Decidieron llevar un estilo de vida autosustentable y ermitaño, lejos de toda

ambición material y contaminación de algún tipo. Ella se dejaba ver de vez en cuando en el barranco pescando, él no. Había gente que tal vez de alguna manera veía el celaje de Armando, suponiendo y rumoreando que ella vivía allí con el mismo diablo. Tanto creció ese rumor que hasta su familia le tenía miedo. Los atrevidos que se acercaban, de lejos notaban que el avance del ranchito no era normal para una mujer sola, el conuquito y los arbolitos bonitos, lo que daba refuerzo al cuento del embrujo, ya que no se podía explicar que hiciera tanto trabajo sola. Era Armando, que había aprendido a amar la tierra y el tipo de vida que habían adoptado; la soledad, lo sano de lo que consumían, los olores, los sabores, la vista, el ambiente sin contaminación. Se sentía libre allí. De vez en cuando le contaba a Carmencita de su vida anterior, sus amigos, lo que viajó y conoció, sus aventuras, sus parrandas en San Cristóbal, sus estudios y su vida como guardia nacional, lo bonito de Mérida, lo grande de Caracas, ella oía atentamente y se imaginaba y de alguna manera saboreaba aquella otra vida también.

VI

LA LOCA Y EL LOCO

El hombre de ciudad se cree libre hasta que saborea la soledad, hasta que prueba lo que es vivir sin vecinos y sin chismes, cuando se da cuenta que no tiene que estar encerrado para evitar el contacto con otros seres, cuando en vez de salir a un balcón o a un pequeño solar sale de su casa y el horizonte se le une al cielo en la inmensidad. Ahí es cuando se quita los grilletes del que dirán y no necesita ni depende de los demás para poder vivir, cuando al fin sobrevive por sí mismo. Así mismo la gente que vive en zonas rurales se da cuenta que la libertad es poder consumir lo que quiere, vestirse como quiere,

vivir como quiere, que en vez de sembrar puede ir a comprar y que no tiene que limitarse a lo que produce o a lo que se produce en su entorno. Se adapta a las comodidades, al bullicio, a la gente, se da cuenta que no es necesario ser amigo de los vecinos y cada día ve gente nueva, encuentra que hay variedad en todo, ya que se trae de otros lugares. Se puede tener muchos amigos y salir a conocer mas gente y sitios, comienza a sentir la necesidad de socializar, su trabajo es más fácil, más limpio, lo que gana le alcanza para vivir con más comodidad cada vez, y muchas cosas más.

Poco a poco, debido a sus conversaciones se fueron intercambiando roles y sueños. Él le contaba sobre su tierra y la bella San Cristóbal, también sobre sus viajes a otras ciudades y sitios del país, las bellezas de la costa venezolana de punta a punta; Mérida, Maracaibo, Maracay, Valencia, Puerto La Cruz, El Tigre y la Gran Caracas. Ella le contaba sobre el caimán patrullero, sobre la gente de antes, los brujeadores de caballo, los misterios del monte, le daba a conocer frutas exóticas, animales extraños, plantas medicinales, los mitos y leyendas, el tigre que acabó con los caballos de aquel hato, el caimán amarillo que media más de diez metros, las flores de los muros, los médanos de capanaparo, las orquídeas nocturnas de la ribera del caribe, los bailes sabaneros de la zona, el paso de los revolucionarios, y uno que otro cuento de romance antiguo del pueblo.

Transcurrían los días y él se enamoraba de la vida ermitaña que llevaban, se adaptaba cada vez más al monte, se olvidaba de la sal y el azúcar, cambiando por completo su dieta urbana. Dejó atrás toda ambición material y se adaptó a la sobrevivencia respetuosa en donde se consume solo lo necesario y se vive en pro del entorno. Renunció en cuerpo y alma al espejo y a las apariencias, se desconectó de la vida y contacto social, y conociendo la frivolidad de la realidad urbana, en su nuevo estado mental se creó un ideal de belleza basado en el ambiente que en ese momento lo rodeaba y en Carmencita así como estaba, en su estado natural.

Su apariencia cambió: cabello y barba larga. Su cuerpo evolucionó al tener una alimentación natural sin aditivos químicos, su sistema se fue limpiando, fue quedando paulatinamente sin los rastros que deja la vida fácil y sedentaria, y así su musculatura y apariencia se fue camuflajeando en el entorno salvaje. Seguía contando sus historias y vivencias anteriores pero ya por insistencia de ella, que quería seguir soñando con conocer el mundo, ella abriéndose y él encerrándose cada vez más. Disimulaba pero se le notaba que le molestaba hablar ya de aquel estilo de vivir tan vacío y superficial.

Ella se hacía preguntas:

¿Cómo sería vivir allí? ¿Cómo será estudiar en una Universidad? ¿Cómo será ir a un centro comercial? ¿Cómo será el mar? ¿Cómo será Caracas? También se cuestionaba la manera de vivir. ¿Sería mejor comprar la carne lista sin matar animales y comer solo carne fresca? ¿Sería mejor comprar la fruta que andar por ahí moneando o tirándole macetas? ¿Sería mejor andar bien vestida y maquillarme? ¿Sería bueno ir a la tal discoteca esa, o al tal gimnasio?

Y así iba soñando, y como Eva al morder la manzana, abriendo los ojos a un mundo material que le atraía y le gustaba. Comenzando a verse a sí misma como una salvaje, fea, sin arreglar. Comenzó a ver su rancho como una cueva, sucio, insalubre y húmedo.

Pasaba el tiempo, rapido para Armando, que se desentendió de calendarios y fechas, ya que se guiaba por la luna y el sol, y lento para Carmencita, que se desmoronaba de aburrimiento en un mar de rutinarias costumbres y labores que parecían interminables. El segundo año de estar aislados en ese monte tuvieron un hijo, allí mismo, en su rancho. Él mismo con su entrenamiento básico de enfermería lo trajo al mundo, y nació sano y fuerte, catire como el papá. Lo llamaron Arán, nombre propuesto por Armando, inspirado en su nombre y en Adán, el primer hombre, pensando claramente en un nuevo comienzo en el paraíso, ya que así veía él aquel ranchito, vivía su idilio personal. Pasaron tres o cuatro años y el niño ya

acompañaba a su mamá en las labores diarias y no se pudo escapar a las miradas de la gente que pasaba por la barranca. Así mismo Armando había sido visto algunas veces a lo lejos, a causa de algunos descuidos y también por gente que sabe distinguir en el monte alguna huella o cambio en el entorno, por tanto muchos habían sacado sus conclusiones. Armando era un brujo o el demonio mismo, y el niño un duende. Volvieron a ser tema de conversación en el pueblo, que ya los había olvidado un poco. Uno que otro comentaba:

—¡Ahí ta' el rancho e' la loca! Ta' bien bonito eso por ahí, pero eso y que ta' embrujao, y que deambulan demonios, espíritus y duendes, y ella y que vive con un brujo.

—La muchacha vale, la loca, tan bonita que era, ahora no se le despega un duende, es chiquitico y blanquito, brilla desde lejos y anda puro en guayuco, siguiéndola, eso da es miedo, ya uno ni puede voltear pa' llá.

—La loca carga un carajito, ése se lo engendró el brujo que la visita, que al parecer es el mismo demonio.

—Sí, así mismo, pero al parecer ese pijotero se lo robó el brujo en otro país y se lo trajeron pa' que se lo tuviera por un tiempo.

Alguno que otro menos inocente y más cuerdo:

—¿Quién sabe de quién será? ¿Quién sabe quién se habrá aprovechado de la muchacha? ¡Pobre niño en esas condiciones!

Y así crecieron los rumores como el Arauca en invierno, junto con las ganas de saber cuándo, cómo y porqué del niño.

VII

EL DUENDE Y EL BRUJO

A Carmencita “la loca” la mantenían cautiva un brujo y un duende, esa fue la conclusión a la que llegaron los habitantes de El Jobal,

por tanto su escasa familia era foco de cuanto chisme y retaliaciones nos podamos imaginar. En una asamblea de ciudadanos fue tocado el tema, que por vergüenza sus parientes evitaban y no les gustaba, pero con la presión de la comunidad se vieron obligados a pronunciarse públicamente. Todo esto después que una de las corresponsales empíricas, con el afán de ahondar sobre tamaña intriga que poseían, intervino:

—Con el tema de la muchacha que tienen prisionera el duende y el brujo hay que hacer algo. Ese asunto tiene que tomarlo la comunidad, no podemos permitir que eso se vuelva costumbre, esos seres están secando esa muchacha y de seguro al terminar con ella vendrán por otra.

Se levantó su padre, el señor Simón:

—Mire señora, ningún asunto de la comunidad. Esa muchacha es mi hija y está mal de la razón, es imposible tenerla encerrada o amarrada porque es un ser humano y puede sostenerse sola. Ella ha venido a visitarnos y no está mal físicamente, solo maltratada por el monte pero está bien alimentada, y eso de brujos, duendes, espíritus y demonios son inventos de la gente, y entre esa gente está usted. Yo mismo iré a darle una vuelta a Carmencita a ver cómo está, y para demostrar que no hay tal embrujo, pronto le comunicaré a los que se preocupan sinceramente por ella de su estado y también a los chismosos, para que se den gusto.

Mientras tanto Armando vivía su idilio y se enamoraba cada día más de la naturaleza y de esa manera de vivir con la que se había encontrado. Ya se había olvidado del mundo, de su familia, de que estaba huyendo, de todo lo material. Al parecer lo único que le quedaba de su vida anterior era el nombre, todo vestigio de su antigua personalidad desapareció, hasta su acento andino se tornó neutro y solo regresaba repentinamente cuando hablaba algo de su familia o sus amistades, pero al retomar inmediatamente desaparecía. Seguía hablando del resto del mundo conocido pero con

desprecio, de los edificios, hoteles, las ferias, los ricos, las fábricas, las empresas, universidades, hospitales, clínicas, etc. Ella escuchaba atentamente y soñaba con todo eso, que a diferencia de Armando lo veía positivamente, en silencio.

Con el tiempo Armando cambió aún más su apariencia, cabello aún más largo y enmarañado, igual su barba. Su color de blanco pasó a tostado, su grasa se consumió, dando paso a su musculatura, sus manos se endurecieron con los callos, sus uñas se negrearon como azabaches, y el cuero del talón se le volvió impenetrable, mejor que una bota su pie descalzo, su salud era mejor visiblemente. Carmencita estaba bonita, pero en las mismas condiciones de Armando, lo que le lucía a él a ella la hacía ver descuidada; su cabello maltratado, sus manos hombrunas del trabajo, lo mismo que sus pies, pero su cuerpo era una belleza, dieta de atleta, cero grasa y azúcar añadida, baja sal, cero harinas, cero frito, muchas frutas y vegetales en general, mucha proteína asada y a la plancha, ayudada con los requerimientos físicos que exige el entorno; nadaba, corría, cargaba, levantaba, y todos los ejercicios que dan una vida de supervivencia, adaptados perfectamente al monte y al río.

Arán era una preciosura; muy cuidado, catire de ojos verdosos, grande para su edad y robusto, no de gordura sino de musculatura. Caminó antes del año, al mismo tiempo que nadó, no sabía qué era calzado, cama, tetero, chupón, pañal, etc. Un niño hermoso, orgullo de sus padres que lo adoraban y cuidaban como un Dios.

Sin avisar llegó Simón por el río, en una curiara a canaleta haciendo el mínimo ruido, con la intención de ir poco a poco espiondo, pero también con el miedo que da lo desconocido. Para no molestar a su hija supuestamente loca o poseída, atracó a unos trescientos o cuatrocientos metros del “*rancho embrujao*”, y subió el barranco para confundirse en el monte. Vigiló inmóvil a una distancia de unos cien metros con el temor de alborotar los perros, hasta que

apareció a sus ojos aquella belleza de niño jugando y correteando, luego la Carmencita, que le gritó:

—Hijo, cuidado, ten cuidado.

El hombre abrió aún más sus ojos emocionados, no era espanto, no era duende, era su nieto. Se preguntaba desde su escondite: “¿pero cómo?” Y es justamente allí cuando apareció Armando, sonriendo de regocijo al ver a su hermosa mujer con su hijo jugando. Sonrisa que interrumpió súbitamente, cambiando a una cara seria para decirle a su mujer:

—Voy a buscar leña.

Simón pensó: “ahí está el brujo”. Allí quedaron jugando Carmencita y el gran Arán mientras Armando se perdía en el monte.

Al asegurarse que Armando se había alejado, con cierto temor de no saber todavía qué era lo que pasaba, Simón salió de su escondite, caminó hacia la casa, los perros le latieron y Carmencita, que estaba ya dentro del rancho, se asomó asustada con los ojos abiertos en todo su esplendor.

—¿Quién es? ¿Quién anda ahí?

—Soy yo, Simón.

—¡Papá! ¿Y qué haces aquí?

—Bueno hija, que tienes tiempo sin ir a vernos, y la gente me vuelve loco hablando cosas de ti, y yo sé que todo es mentira. Dices que estás bien y que no nos preocupemos, pero quise ver cómo estabas, cómo vivías, y ya vi todo. Quiero conocer el niño, por favor mi amor, no me hagas sufrir más.

Salió Arán corriendo hacia su encuentro con Simón, al que conocía por una foto que guardaba con celo su mamá. Se le paro enfrente y le dijo:

—¡Hola abuelo! ¡Bendición!

—¡Dios te bendiga, nietico mío!

Simón, visiblemente emocionado hasta el punto de soltar las lágrimas, lo alzó y lo abrazó muy fuerte. Al saludarlo y ver su manera

de expresarse se dio cuenta que era un niño muy inteligente. Se sentaron a conversar y Carmencita le contó todo, le habló de Armando, le dijo que no era un hombre malo, creía en su inocencia y jamás la había tratado mal u obligado a hacer algo en contra de su voluntad. Le rogó que resguardara su secreto y que esperara para que hablaran con él también.

Armando, que había olfateado la visita hace mucho rato y que se apartó de ellos con la excusa de buscar leña pero estaba vigilándoles desde el comienzo, decidió que era el momento de aparecerse y así lo hizo.

—Buenas...

Simón estaba sentado y no levantó su mirada ni respondió el saludo, solo le dijo:

—Explícame...

—Ya Carmencita le dijo todo, espero nos entienda y no sea también injusto como lo fueron los que hicieron que me lanzara a la fuga —le respondió Armando, y siguió Simón:

—¿Y piensas pasar la vida aquí escondiéndote del mundo, aislado de todo y de todos, huyendo y arrastrando a mi hija y mi nieto a eso también?

—Somos libres ya.

Carmencita escuchaba atenta la conversación desde adentro del rancho y por primera vez vio real y claramente la necesidad imperiosa de salir de allí, de volver a su realidad, porque sencillamente no tenía que esconderse, de dejar de huir sin ser perseguida y de conocer lo que no conocía. Sintió que ya había vivido en el monte lo suficiente, y que no quería eso para Arán.

La libertad para Armando era en realidad la cárcel para Carmencita, su pensamiento había abierto las alas abrazada a la esperanza de darle una gran vida a su hijo. Él creía que ella se sentía al igual libre en el monte, pero no. Y después de un rato de conversación, que sirvió para aclarar superficialmente el panorama

a don Simón, aunque con algunas dudas todavía presentes, pero ya consciente de que Armando no era un brujo, ni el niño un duende, y de que su hija no había perdido la razón sino que había enceguecido de amor, llegaron a un buen término, un entendimiento conciliatorio entre ambas partes que le hacía a don Simón formar parte de lo que estaba pasando. Fue así como quedaron de acuerdo en que podía seguir visitándolos de vez en cuando para consentir a su nieto, pero con la estricta condición de guardar el secreto.

VIII

LAS LETRAS PEQUEÑAS

Don Simón hizo caso estricto a lo que pactó con Armando, pero como toda persona inteligente y además comerciante se fue a las letras pequeñas. En un viaje que hizo a Elorza, supuestamente a “comprar algunas cosas”, buscó la manera de averiguar sobre el problema que tuvo Armando; eso sí, siendo muy cuidadoso de no perjudicarlo de ninguna manera dando indicios de saber su paradero. Quería simplemente entender el porqué de su huida, todavía con cierta incredulidad al respecto.

Pensó en un compadre policía, pero se dio cuenta que preguntar podría ser sospechoso. Ir a la guardia era peor, porque inmediatamente sospecharían que lo conocía. Los amigos... Armando no tenía amigos ya que era relativamente nuevo en el pueblo. Analizando el caso se planteó que lo mejor era ir al sitio donde fue el problema, éste funcionaba normalmente como restaurante criollo Pensó: “me tomo unas cervecitas y converso con la gente a ver qué logro averiguar”.

Así lo hizo, se sentó, pidió una cerveza, luego otra y así. A la quinta, y ya con las orejas calientes, le dijo a la muchacha que lo atendía:

—Bien tranquilo esto por aquí... no hay gente camorrera.

—Así es señor, pero de vez en cuando se forman unos perreros... dígame cuando hay baile, los fines de semana más que todo. El mes pasado hubo un peleón aquí.

—¿Verdad? ¿Y eso, vale? La gente cuando se dispone a ser mala es mala de verdad.

—Sí señor, así es. De vez en cuando pelean.

—Pues mira chica, un sobrino mío hace unos años me lo malograron aquí. Unos guardias armaron un problema con una gente del pueblo y se dieron hasta con los platos. Me cuentan y que el culpable se fue huyendo.

—Pues sí mi don, supe ese cuento. Muy famosa esa historia, yo no trabajaba aquí pero eso fue algo que todo el mundo supo. Y ahí no terminó eso. La pareja de ese peo, la muchacha y el muchacho, muy bonitos ellos y famosos por aquí, los que llaman sifrinicos, y que terminaron mal por los celos. Salían y se comenzaban a dar motivos uno al otro con otras personas, y eso era donde llegaban. Después de eso aquí siguieron con su rutina, como quien dice. En todos los sitios de parranda del pueblo hacían lo mismo: esa era una pelea fija entre ellos y contra los que andaban. Al final salían inocentes ellos y culpables los demás, por eso fue lo de los guardias. Pero después de eso siguió y siguió el problema, y por tener padrinos siempre encontraron otros culpables, hasta que la muchacha le cortó la cara al muchacho con una botella porque bailaba con otra. El hombre como si nada se fue al hospital, donde mientras lo cosían los amigos se burlaban y le daban casquillo. El hombre se sonreía, pero al salir de allí fue directo a la casa de la muchacha y la mató a golpes, eso fue una tragedia muy grande. Fue allí donde se dieron cuenta que los culpables de las camorras eran ellos y no los demás.

—Ah... con que así fue la cosa. Qué vaina con los celos y el aguardiente, por eso no bebo de a mucho. Mejor me voy, ¿cuánto debo?

Así don Simón comenzó a desenredar el berenjenal que tenía Armando. Después de eso tuvo la confianza de acercarse a la guardia a preguntar a los conocidos sobre la situación de su yerno, sabiendo que ya lo del problema de la pelea estaba descontado. Allí se consiguió con que solo tenía el problema de la desertión, y que eso lo podía arreglar legalmente sin mucho problema, porque tenía como justificarlo, ya que fue un problema público.

De regreso a El Jobal Simón se detuvo con confianza en el rancho embrujao, con el afán de darle la buena nueva a los muchachos. Carmencita se lo tomó con mucha alegría y entusiasmo, viendo en esa oportunidad la solución para salir de allí y no desbaratar su familia, estaba rebosante de felicidad. Por el contrario Armando lo tomó de una manera bastante rara, se molestó y le reclamó a don Simón la falta a su pacto de silencio. Le dijo:

—Usted es un abusador, don Simón, imagínese que eso no se hubiese resuelto, ya estuviese aquí una comisión buscándome, le faltó a su palabra mi don, me perdona pero usted no tenía derecho.

—Hijo, cómo se atreve a decirme usted semejante grosería, simplemente quería ayudarlos, soy un viejo y sé cómo hacer las cosas, en ningún momento lo delaté o hablé de usted, ni siquiera lo nombré, solo me tomé unas cervezas en el sitio donde ocurrió su desgracia, y allí sin preguntar me contaron todo, pero ya veo que usted tal vez hasta lo sabía y lo que quiere es retener a Carmencita aquí, a usted no le interesa salir de este monte. Mejor me voy de aquí, pero ya sabes Carmencita, ya no hay razón para esconderse. Tienes tu casa y tu familia.

Así se marchó el viejo, inundando de dudas el pensamiento de su hija, que de por sí ya venía carcomiéndose con la incertidumbre de no ver salida de aquel drama.

Pensaba y pensaba, le daba vueltas y vueltas al asunto, y llegaba siempre a la misma conclusión de su papá: que Armando sabía que ya no era necesario huir pero no se quería marchar del rancho. Pasaron

días y no se tocó el tema. Hasta que llegó un buen momento, el momento indicado, donde parecía todo mejor y hasta risas habían, entonces preguntó:

—Lo sabías, ¿verdad?

Armando respondió con la espalda, un oscuro suspiro seguido de un silencio largo que ahogó la sonrisa que había quedado de una risa. Se llenaron los ojos de Carmencita, pero no soltaron las lágrimas. Después de un rato murmuró:

—No, pero lo imaginé.

IX

NO ME QUIERO IR

No sabía, pero lo suponía. Él solo se volteó; con las cuatro palabras que susurró y su gesto ella se sintió respondida y ya. No hubo ni más dudas, ni más preguntas, ni más palabras.

Dos días después, en la madrugada, Carmencita se marchó. Él no le dijo nada, ella tampoco. No se despidieron, solo agarró su muchacho y fue a parar su camino a El Jobal, a la casa de sus padres. Allí fueron recibidos con la alegría más grande, como si nada hubiese pasado. La noticia de que la muchacha ya había salido del embrujo, y que el brujo le había dejado un muchacho se regó más rápido que la espabilada de un mono, pero ella como si nada. Se arregló: más bonita que antes se veía, y salió a dar una vuelta del paso a la plaza con su Arán, aunque la tristeza se le notaba a flor de piel.

El padre, siendo padre, sintiendo la tristeza de su hija y con el afán de que su nieto debía tener la presencia de su papá, conociendo el caso a fondo, entendiendo que Armando no era un hombre malo sino que tuvo un percance, se dirigió a conversar, a oír las razones del mismo para no querer salir del rancho.

Se paró en la playa del barranco y gritó su nombre dos veces:
—Armandoooo... Armandoooo...

Lanzándose del barranco le cayó a un lado, como si de un brujo de verdad se tratase.

—Usted como que no entiende, don Simón. Me dio su palabra que no iba a divulgar mi secreto.

—Pero bueno vale, sigue tu falta de respeto. No te delaté, no te nombré, no fui a la guardia ni a la policía, nada de eso. Cuando me contaron en el bar supe que ya no tenías problema, y entonces pregunté a un amigo de la guardia y me dijo que ya no había problema. Vengo porque sé que no eres un hombre malo y quiero que entiendas que ya no tienes nada que ocultar, anda a arreglar tu problema, solo tienes que contarles cómo se dio todo y saldrás absuelto.

—Eso usted y yo sabemos que no es así.

—Sí es así, yo te ayudaré. No es justo que mi nieto no esté con su papá. Carmencita es una muchacha de familia y está sufriendo, te ama, vale.

—Pues dígale a Carmen que regrese, que regresen los dos a su casa, a nuestra casa.

—No entiendes, hijo, que ya no es necesario esconderse, que ya es hora de que salgan y estén más cómodos, de que Arán estudie y tenga amigos, que conozca gente y su familia. Tu familia también tiene derecho a saber de ti y de tu mujer e hijo. Ya no hay que huir y ocultarse, es hora de que anden libremente por donde quieran.

—El problema, don Simón, es que aquí es donde me siento cómodo y aquí es donde soy libre. No me quiero ir.

—Que vaina, hijo, te consumió el monte. Lástima, vale, lo lamento, pero Carmencita y el niño no merecen esto.

Y se fue el señor, cabizbajo, exhalando tristeza, como cuando se intenta salvar una vida y no se puede, como cuando se reza por algo y no se da. Rendido por un lado pero por el otro lado lleno

de esperanzas, las que le daba la luz de los ojos de su hija y de su nieto. Hija que había abandonado por cuatro años pensando que estaba mal de la cabeza, y resulta que estaba era enamorada, tanto así que renunció al mundo, sacrificó su vida por él, y su nieto, su motivo principal desde que lo conoció, por el que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa.

X

VÁMONOS

Al llegar a El Jobal el hombre prefirió no darle las noticias a Carmencita, solo la abrazó junto a su nieto y les dijo:

—Ya es hora de seguir. ¿Qué quieren hacer? ¿Qué hacemos? Estoy con ustedes y todo lo que tengo es de ustedes dos.

-Sí papá, cuando ya no hay motivos para sacrificarse no hay por qué hacerlo. Cuando uno hace lo que tiene que hacer y los demás no, hay que dejarlo. Quiero irme lejos, conocer la ciudad, que mi hijo conozca el mundo y sepa que hay más que monte, que tenga amigos, que baile, que coma, que sea feliz.

—Vámonos... vámonos lejos.

Vendió sus vaquitas, su casita, su motico, su canoa y motor y todo lo que pudo. Lo que no pudo lo regaló. Cobró lo que le debían, a los que no le pagaron los perdonó. Cobró también algunos favores, juntó su platica y se fueron a San Cristóbal, que es lo primero y más grande que visita la gente de esa zona, los abuelos, Carmencita y Arán.

Llegaron a un hotelito. Al día siguiente un primo los llevó a ver un apartamento bonito, de dos habitaciones y de regular tamaño, en el cuarto piso de un edificio de cinco, situado en una zona regular. Negociaron un poco y lo compraron. Así poco a poco fueron

ubicándose. Carmencita de limpieza en una óptica, don Simón se volvió famoso en el edificio y sus alrededores por su buena mano en la jardinería. La abuelita con Arán en casa, al fin le daba el amor que le debía, y también generaba algo de dinero como costurera, remendando, cambiando cierres y ajustando. Así había evolucionado la vida de Carmencita, eso sí, sin olvidar a Armando, siempre presente.

XI

ADIÓS RANCHITO EMBARRAO, NO SÉ SI VUELVA MAÑANA

Pasaron más de dos años y Armando se mimetizó en la naturaleza sórdida, se fundió en el paisaje selvático. Su piel se tornó marrón Arauca, sus manos parecían garras y sus pies más duros que el mismo suelo. Ya ni la plaga ni los mosquitos le picaban, no sabía de fechas, solo de sol y de luna. Su cuerpo se volvió un conjunto de tendones guiados por sentidos que le hacían reaccionar y compararse a cualquier animal. Un ermitaño, seguía huyendo y no sabía de qué, no solo se ocultaba de la gente sino que tampoco quería verla ya. Su ropa ya no era ropa sino garras, girones, su cabello y barba le daban la apariencia de los seres primitivos de los libros que explicaban la evolución de las especies, un cromañón. Cambió su mirada, su voz no salió más, pero en sus sueños seguían estando Carmencita y Arán como únicos vestigios de humanidad en su conciencia, lo único que lo mantenía atado a la razón humana, el único brillo de raciocinio que quedaba en sus ojos y que no dejaba que su parte animal dominara totalmente.

Los recuerdos de su familia en Táriba ya eran vagos, no tenía fotos ni nada de ellos, y poco le intrigaba saber, pero su pequeña familia, ellos seguían allí intactos, los oía, aun percibía su presencia,

su olor, veía sus sombras, el celaje, su parte sensible se conmovía al recordarlos. Cierta día se percató que en la cuerda donde guindaban sus escasos trapos estaba aún un pedazo del vestidito de corazones, aquel con el que vio por primera vez a Carmencita, se acabó con el tiempo pero sus restos funcionaron muy bien como toalla, pañal y sábana de Arán. El destino como a propósito dejó sobrevivir este retazo del tamaño de un pañuelo de bolsillo, sucio y deteriorado, pero en el que se podían ver todavía tres corazones; rosado, azul y amarillo, como recordatorio de lo que había tenido y dejó ir. Allí se dio cuenta que no era lo mismo sin ellos.

Agarró el trapito y lo contempló por un rato, luego levantó la mirada adonde pasaba una viga de madera que sostenía el techo de palma tramada, y rompiendo su voto de silencio dijo para sí mismo:

—Ahorita y que suelto el piazo e' mecate donde encontré el bendito trapo éste y se lo paso por encima a esa viga pa' guindarme y así terminar de una vez con todo esto.

Esa guerra interna que significaba salir de allí en busca de su amor o quedarse y ser libre para siempre lo estaba matando. Su conciencia se debatía entre ir tras su familia o seguir en su idealización de libertad, entre darle gusto a lo que quiso Carmencita o seguir en su obstinación y delirio de persecución, o tal vez terminar todo de una vez.

Al día siguiente despertó seguro de lo que quería en ese momento. Esa madrugada se levantó de un brinco, como si el sueño le hubiera dado la respuesta. Se estiró y pegó un grito, limpió el rancho, sus alrededores, como cuando estaba Carmencita, regó las matas, cosechó los frutales, las trojas de aliños, el conuco, agarró sus gallinas, huevos, dos cochinitos, lo que había que reparar lo reparó. Dejó todo en orden, como para que alguien llegara y consiguiera todo en su lugar, o tal vez como para volver. Se fue a El Jobal, vendió todo eso, compró una mudita de ropa y zapatos, se afeitó, esperó una canoa que fuera a Elorza y se presentó al comando de la Guardia Nacional.

Allí estuvo preso unos días rindiendo declaraciones, revisaron su caso, que estaba engavetado, y se comprobó su inocencia. También se comprobó que su deserción era a causa de una falsa acusación. Se trasladó a San Fernando para aclarar su situación en cuanto a su trabajo, allí le hicieron una revisión médica, física y psicológica, donde se encontró con traumas a causa de todo aquello. Fue atendido de manera terapéutica para aliviar sus problemas y se le presentó la opción de seguir en la guardia o de recibir su baja por incapacidad, aceptando esta última opción.

Cuatro meses después de haber salido de su rancho y ya con su situación jurídica resuelta, se dispuso a buscar a Carmencita y a su hijo. Ya tenía su dirección, se la habían dado en El Jobal. Así fue como comenzó el camino de Armando en busca de su familia nuevamente.

XII

JUNTOS DE NUEVO

Era un domingo en la tarde y estaban todos en la casa. Carmencita estaba ayudando a su mamá a coser algunas prendas que tenía pendiente para entregar esa semana, cuando escuchó ese silbido que la hizo erizar. Paró la manigueta de la máquina, levantó la cara, que estaba sumergida en la concentración de la aguja y la tela. Todavía incrédula ante el sonido y dudando aún si el responsable era su subconsciente, volvió a oírlo, esta vez más claramente sin el ruido de la máquina, y ahí estaba por tercera vez, ya era imposible que fuese su imaginación. Le decía en silbido: “fuiuuuu fufui fui fuiuuu”, la traducción de “saal, estoy aquíiiii”. Se asomó desesperada por la ventana y estaba allí Armando. Gritó su nombre emocionada y salió a su encuentro, todavía no entendía, no creía, era una mezcla

de emociones indescriptible. Bajó las escaleras, se cayó, se levantó, abrió la reja del pequeño edificio y le saltó encima. Lo besó, lo miró a los ojos, lo olió, le acarició el cabello, le parecía un sueño verlo allí como lo fantaseó tantas veces, pero esta vez como un hombre normal, aseado, afeitado, bien vestido, fragante. Lloró de la emoción, gritó y desahogó su añoranza, que a pesar de disimularla muy bien en su cotidianidad cada vez era más grande.

Luego de semejante emoción y reencuentro (ya eran casi tres años sin verse), notó el gran cambio, ya que desde que lo conoció siempre había estado descuidado. Esta vez vio al verdadero Armando, en su tierra, en su ambiente. Estaba limpio, su aspecto era de gente de ciudad, pero todavía atendiendo las costumbres alimenticias y a su actividad física, es decir, al estilo de vida que adquirió en el monte, estaba esbelto y fornido. Ella estaba preciosa, había recuperado su femineidad y su delicadeza, también siguiendo su alimentación sana su cuerpo era imponente. Lo invitó a subir y allí por fin su madre lo conoció. Arán en pocos días ya cumpliría los siete años, era muy grande y hermoso. don Simón lo abrazó y le dijo:

—Te estábamos esperando hace tiempo, vale. Habías tardado, hijo.

—Estaba resolviendo todo, don Simón. Ahora sí estoy libre de todo mal.

Ese día fue de celebración, comida, familia, cuentos, y todas esas cosas que hacen emotivos e inolvidables los reencuentros.

El día siguiente fueron a Táriba, donde la familia de Armando, que lo daba por muerto desde su desaparición hacía unos diez años, hasta que las Fuerzas Armadas llamaron para avisar que lo habían localizado, lo estaban esperando con una gran celebración. Todos sus parientes cercanos, que eran muchos, estuvieron por una semana conociendo y contando su gran historia, que parecía increíble. Todo era felicidad y festejo. Luego regresaron al apartamentico

de Carmencita, a una tranquilidad no experimentada hasta ese momento.

Anduvieron de viaje dos semanas y algo por iniciativa de Armando, que quiso enseñarle todo lo que le había contado a Carmencita. Conocieron Caracas, fueron a la playa, a los médanos de Coro, luego entraron por Trujillo a Mérida, de donde regresaron a San Cristóbal para preparar el cumpleaños de Arán que sería en cuatro días ya. La felicidad de ella era más que obvia y contagiosa, pero él no se sentía cómodo, por momentos estaba distante. Mientras duró el viaje anduvo tranquilo, pero al regresar a San Cristóbal el encierro del apartamento despertó nuevamente sus ansias de libertad.

Aunque Carmencita vivía al fin su idilio al tener su pequeña familia unida, más aún habiendo conocido mucho de lo que él le hablaba, solo era turbada por el distanciamiento mental momentáneo de Armando. Él no se sentía bien con el encierro, cuando salía los olores de la ciudad lo angustiaban, la algarabía, el bullicio, la comida, la gente, las costumbres, lo que antes era su mundo lo superaba, sentía que a cada segundo moría, pero lo disimulaba hasta más no poder. De vez en cuando ella percibía algo de su depresión y le preguntaba:

—¿Estás bien?

—Sí, sí, un poco cansado.

Pero dentro le hervía el monte y su soledad. Su sonrisa falsa escondía la más profunda tristeza y desilusión, se quedaba mirando por la ventana lejos, como trasportado en espíritu, como si su alma abandonara el cuerpo y se perdiera en un limbo de la razón, como si fuese cayendo en espiral hacia un abismo. Cuando era interrumpido por alguien era como si se sorprendiese muchísimo y volviese en sí y continuaba rápidamente su normalidad. Pero faltando un día para el cumpleaños le pregunto a Carmencita si extrañaba el rancho, y ella le respondió:

—Al principio sentí nostalgia, pero ya no. Aún me quedan muchas marcas del trauma de estar escondidos y huyendo, jamás me acostumbé a la idea de vivir ocultos y menos al temor permanente a que te pusieran preso, chico. También me hizo mucho daño el trato de loca, bruja y todas las barbaridades que se inventaron los del pueblo, volver allí sería revivir esas cosas. Además de las incomodidades que vivimos. Arán no merece eso.

Él bajó su mirada y guardó silencio. Ella entendió que él solo fue a buscarlos y que no se sentía bien. Disimuló, le levantó la cara, le dio un beso y un te amo y cambió la conversación, centrándose en lo del cumpleaños, con el fin de disuadir y de alguna manera no ahondar en el pensamiento de Armando, tratando de convencerse de que no pasaba nada, pero sabía que sí pasaba.

XIII

EL REGALO DE CUMPLEAÑOS

El día del cumpleaños todo fue felicidad para la familia. Carmencita y Arán estaban muy complacidos, amén de don Simón y la doña, asistieron sus amiguitos de la escuela y la familia de Armando. Había comida, música, bailaron, rieron, conversaron, compartieron, se abrazaron, bebieron un poco, en fin, celebraron la vida que tenían y esperaban seguir llevando. Carmencita se sintió realizada, completa al fin, convencida de que Armando había dejado atrás lo de regresar al monte, ya que así él lo demostraba ese día en aquella fiesta.

Al final de la fiesta los invitados se marcharon. Arán fue a dormir con los abuelos, después que Armando lo consintió como nunca y le expresó todo su amor en palabras y gestos. Después de limpiar y arreglar las cosas se fueron juntos a su habitación, a su cama, como ella soñaba. Se hicieron el amor como nunca, al punto de no poder

más. Entendieron que su conexión física no era nada comparada a su comunión espiritual. Su encuentro fue tan magnífico que llegaron a comprender que entre ellos nunca podría entrar otra persona, eran tal para cual y no había nadie más en el mundo. Sin dudas, sin preocupaciones, sintiéndose feliz, Carmencita quedó rendida, exhausta, en un plácido sueño que no tenía desde que era niña, cuando la inocencia le daba la bendición de no pensar en qué pasaría mañana y mucho menos el resto de su vida. Cuando no tenía ansiedad, cuando no sabía cuán difícil era el mundo de los adultos.

Cuando despertó encontró un sobre en la almohada. Se imaginó lo que pasaba y salió corriendo de la habitación, del apartamento, bajó las escaleras, corrió en pijamas por la calle unas cuadras, buscándolo, pero no lo halló. Cayó al suelo envuelta en llanto, una gente que estaba por allí la recogió y la ayudaron a llegar al edificio nuevamente. Sus padres todavía desconcertados y asustados por aquellos gritos que escucharon la abrazaron y le preguntaron qué pasaba. Ella no les respondió sino que corrió a la habitación en búsqueda del sobre y lo abrió:

Lo siento, no puedo, tengo que volver. Ahí está todo lo que me quedó de mi baja militar. Tiene que ser así, ustedes están donde tienen que estar y yo tengo que estar donde tengo que estar. Los amaré por siempre... Armando.

Lo lloró como si hubiese muerto por unos días y le dijo a su hijo la verdad sin dañar su imagen, pero así como la vez que se fue del rancho también esta vez enfrentó su realidad, y así como aquella vez decidió dejarlo esta vez también sintió que no ir tras él era lo mejor, sin rencor, viéndolo desde el punto de vista de que aquella vez se fue ella y ahora se fue él. Desde aquel viaje que realizaron sabía de las ganas de volver de Armando, es muy difícil engañar la intuición femenina. En cierto modo entendió que Armando en la carta tenía razón, ya ellos no pertenecían al monte y él no pertenecía a la ciudad.

A veces oía un silbido lejano y volvía a sentir la emoción del silbido de aquella visita, aquel silbido de Armando, como si en la distancia le llegara aquel sonido que seguro él le enviaba en el viento. A veces lo soñaba bonito, como aquel día que llegó, y en sus pesadillas lo veía como un animal, como un salvaje. Nunca dejó de estar presente para ella ni para Arán, éste creció sanamente, sin temor a nada, y físicamente superior a sus compañeros. Deportista campeón en todo lo que participaba, buen hijo y buena persona.

XIV

YA NO TIENEN NOMBRE

Cuando Arán cumplió los veintitrés años, ya con una carrera universitaria y siendo futbolista profesional, le entró la idea de volver a ver a su padre, mostrarle donde había llegado, volver a sentir su presencia como aquella vez en su cumpleaños. Valiéndose de su espíritu aventurero, esencia superviviente y su herencia llanera, se le ocurrió ir a visitar a su padre en contra de la voluntad de Carmencita, que nunca quiso que fuera por esos lados, con miedo a que se perdiera en el monte también.

Como todos los hijos del mundo desobedeció a su madre; se fue a El Jobal, pero no lo encontró. No había rancho, ni sitio, ni árboles, todo eso lo había arropado la maleza. Preguntaba a la gente del pueblo y le decían que no sabían nada. Cuando les contaba la historia algunos recordaban a su familia y siempre le decían:

—¡Ah, tú eres el duende, vale, el hijo del brujo con la loca Carmencita!

Él, lejos de molestarse, le daba igual, su abuelo lo había preparado para eso. Hasta risa le causaba porque la gente sin intención de ofender lo hacía graciosamente. Sus expresiones denotaban sorpresa,

miedo, exageración, y humor más que todo; el humor del llanero es pesado pero inocente.

Cuando ya creía que era inútil seguir buscando y estaba a punto de regresar a su vida normal, ya abordando la canoa que lo llevaría a Elorza, un señor lo increpó. Un viejo jobaleño que se hacía llamar Pedro Feo. Pedro era su nombre, feo porque era feo y así se decía él mismo y así lo encontraba la gente. Tuerto, con barba larga y descuidada, manchada por el chimó, mal vestido y maloliente, pero con un sombrero de cogollo nuevecito que era lo que más resaltaba de su presencia. Le dijo:

—¿Tú ere el hijo e' Armando?

—Sí señor, venía a visitarlo pero no lo conseguí.

—Pues ni ér se ha conseguío. Mucho gusto, yo soy Pedro Feo, yo lo conozco jacen añacatales, desde una vez que jicimos negocios por unos animales que me vendió pa' ise a buscá su familia. Le pagué bien y yo creo que por eso me gané su amistá, aunque no su confianza. Un hombre inteligente, pero se lo comió er monte y se vorvió un sarvaje. Un día pasó po' aquí y me dijo que iba donde er monte lo llevara. Por ahí me dejó una vaina, yo creo que es pa' ti. Me dijo: *“cuando pasen argunos años vendrá un hombre arto, buena persona, y bien pareció. Me le day esto. Lo voy a dejá contigo por si no vuervo. Si ves que te vay a perdé también lo dejay con arguien de tu confianza. No sé cuándo pero argún día vendrá”*. Le pregunté po' er nombre der que iba a recibí y me dijo: “si te digo se te va orvidá, no es necesario, va a vení, es un catire pareció a mí, hijo mío”. Y por ahí 'cuché que andaba uno así, en er pueblo no jablan más ná desde que llegate tú, y no creo que venga más naiden de ese tipo pa' estos laos. Ya tengo tiempaje que no veo el hombre, de toas maneras podemos echale una buscaíta a ve si lo vemos y te cuento má.

Sin dudarle el muchacho le acompañó. En el camino a su casita el viejo le iba contando que Armando el día que llegó se tiró al río desde la canoa, salió a la orilla y se perdió en el monte en una carrera

y no se vio más por meses, que no volvió al rancho más. Dormía por ahí en cuevas, a campo raso o en el monte y cada vez se volvía más solitario y más animal. Ya no usaba ropa sino guayucos y comía lo que cazaba y recolectaba. Se había vuelto físicamente poderoso, fuerte, parecía más alto, corría y nadaba más que cualquiera. Se sabía que andaba cerca por su olor, que ya no era de gente, y con el que se alborotaban los bichos en el monte, igual que los tigres. Dijo que tenía como dos años sin verlo, y que le aparecía era de golpe, y solo a preguntar si había venido alguien preguntando por él.

El muchacho como si no le perturbara lo oía atentamente, sin sorpresa alguna en su rostro. Cuando llegaron a la casita el viejo le buscó una bolsita de cuero que conservaba muy bien cuidada dentro de una bolsa plástica de esas en donde viene el arroz, que estaba dentro de otra, y otra, y otra. Tenía adentro doblado el trapito de los tres corazones que había quedado de aquel vestido de Carmencita, y dentro de éste un collar de azabache y otras piedras y pepas, con colmillos y huesos de varios animales, entre los que resaltaban por su tamaño los de tigre y caimán. El muchacho se los puso de una vez y el viejo le dijo:

—Ahí tenés su tesoro más preciao. Me contó que ese tigre lo atacó y ér lo mató con sus propias manos. Me dijo riéndose que había durao más de un mes en er monte recuperándose, casi esangrao, con esos fiebrones, miando la sangre pura. Cuando salió toavía andaba viendo taritas, esmayao, con los cortaones y los moraos. Se curó a fuerza e' matas.

El viejo se echaba una carcajada grotesca mostrando sus dientes escasos y curtidos de amarillo, muelas podridas y hasta la lengua blanca rajada, y seguía el relato:

—Así mesmo como me toy riendo, así mesmo se reía ér. No sé cómo se cosió, como se alimentó, como hizo pa' no morí. Esa vez lo vi poque fui a pescá pa' una vaina bien lejos llamá El Jabillo. Cuando venía de vuerta con el motor levantao a canalete y palanca pa' caele

al Arauca, lo vi bebiendo agua arrodillao como beben las fieras. Le puse la vista y le grité esde lejos. Como me conoció me esperó, me echó el cuento de la pelea con el tigre, bien orgulloso, pero en verdá me asustó la condición que tenía y le dije: “Armando vamo al pueblo, vale, pa’ que te curen”. Y me respondió: “Ya estoy curao, y ya no me llamo Armando”. Y se perdió en una carrera brincá, así como pareció a un mono o a cualquier otro animar. Primero me dio risa la vaina, y despué me dio dolor de ve como un hombre se vuelve bicho. Ar poco tiempo estaba tejiendo una tarraya bajo ese merecure y escuché un sirbío desde los copos de aquér trompillo a coste monte, que cuando nació ya taba viejo. Levanté la cara y ahí taba, pijoleta e’ susto, no me lo esperaba, y de dos brincos me cayó parao como a dos metros de distancia, un animal, valecito, pelúo, curtío y puro tendón y músculo. Me entregó esa borsita y se quedó viéndome fijamente, como jaciendo fuerza pa’ jáblame, hasta que pudo y me dijo eso de a quién se le iba a entregá, y por ahí mismo me dijo: “¡bueno pues!” y salió barajustao. Quien sabe pa’ onde se iría. De ahí pa’ lante lo vi tres o cuatro veces má, siempre preguntando si habían venío por la borsita, y cada vez más sarvaje.

Ya Carmencita le había vaticinado a Arán lo que iba a encontrar, también le había rogado que no fuera con miedo a que también se lo tragara el monte. Pero no, Arán lo que quería era, más que ver a su padre, encontrar un motivo para sentir orgullo, una razón para sentir que su padre no lo dejó porque no lo quería, sino que su naturaleza, su esencia y su instinto lo vencieron, su razón se perdió entre las telarañas de la soledad y su naturaleza primitiva. Más que encontrar a su padre quería encontrar algún vestigio de que él y su madre siempre iban a estar en su corazón, su parte humana, aunque el animal ganara. Y lo encontró, le dejó lo más valioso que tenía, y por lo tanto lo iba ser para el también.

Y así fue como Armando se perdió en el monte, bueno, ya no se llamaba Armando, ya no tenía nombre, ni nada que lo atara. Más

nunca se supo de él. No se supo de su muerte, ni avistamientos, ni señas, ni huellas, absolutamente nada. Su historia se volvió parte de la cultura de El Jobal, ya increíble para muchos. Hasta el viejo Pedro Feo le costaba que le creyesen sus cuentos. Cuando se le terminaron los reales comenzó a inventar otros más increíbles e hizo más grande la leyenda de Armando, el hombre que se lo tragó el monte.

Carmencita a veces escuchaba el fuiuuuu fufui fui fuiuuu, y se quedaba tranquila, sabía que era Armando desde su monte que la recordaba, sabía que no estaba, y no regresaría.

LA SORPRESA

Dedicado a Maribel, una señora bonita que está en el cielo, seguro en una casita muy bonita con un hermoso jardín, siendo luz como lo fue en este plano.

Alrededor de la gente que tiene un alma bella nacen hermosas flores, el ambiente es liviano y siempre huele bien.

Maribel fue una morena elorzana como muy pocas en muchas cosas, y como muchas en pocas. Resaltaba como todas las mujeres, iguales y únicas a la vez. No fui su mejor amigo, tal vez ni de su confianza, pero todo lo que percibí de ella fue positivo. Ese siempre será mi concepto subjetivo, y no me importan las opiniones que difieran, como todos sabemos la perfección es de Dios.

Todo lo que conocí de ella fue bueno. Aunque su cara era seria se percibía como alegre. Nos conocíamos, nos saludábamos, de vez en cuando hablábamos por allí. Gente conocida, pues. Supe más detallada y profundamente sobre su ser por una amistad en común que la admiraba mucho y siempre hacía comentarios muy buenos sobre ella, confiaba en ella y la veía como un ejemplo.

Esa amistad en común cada vez que tenía un encuentro con Maribel quedaba con muchas cosas buenas que contar, pero una

vez dijo algo resaltante para mí. Hablaban de sus adoradas matas, de su jardín, y de su bonita casita, cuando Maribel intervino:

—Yo quiero mi casa como quiero mis hijas, y una hija no se puede descuidar, hay que mantenerla de la mejor manera, siempre bella, darle lo mejor, e invertirle lo que se pueda.

Hubo muchas frases de este tipo, pero ésa en especial me demostró que fue como esos personajes de película que parecen inocentes, pero son tan profundamente filosóficos que marcan la vida de todos a su alrededor, y hasta la historia completa, sin ni siquiera saberlo.

Como todos nosotros, los del pueblo, era una persona sencilla pero tenía un toque de soberbia en un mar de humildad que la hacía resaltar. Diva pero natural, con una concepción de la vida que de seguro dejó muchas enseñanzas y muchas lecciones a su paso.

Ella me inquietaba, me causaba curiosidad. Pude ahondar en su gran espíritu y su hermosa aura observándola en las pocas oportunidades que compartimos, en las cuales me brindó y me sigue brindando mucha inspiración. Cuando tomaba un poco de confianza dejaba que uno leyera su verdad, su verdadera personalidad y su belleza interior que era aún más grande que la superficial. Una cantera de poesía era ella. La recuerdo bonito, en su bicicleta, nunca mal vestida, nunca mal arreglada, siempre con esa altivez y esa mirada sobria que hacía admirarla, siempre dejando una fragancia a su paso pero a la vez mostrando su gran humildad inconscientemente, algo ajeno a ella pero entendido por los que la rodeaban, reuniendo una de las características de las personas que la poseen; el humilde no sabe que es humilde, eso le corresponde al resto del mundo percibirlo.

Maribel se fue de repente, seguro se quiso ir así, sin mucha parsimonia, para que la gente no estuviese hablando y teniéndole lastima. Seguro su espíritu tuvo algo que ver en su partida repentina, o Dios la vio mal y decidió que ella no se podía poner a sufrir tanto tiempo o a pasar penurias. Llegó su momento y ese era el momento. No pude ir a sus actos fúnebres, primero por la pandemia

y segundo porque a la gente llena de vida no se les puede guardar en el recuerdo llena de muerte. Le sobreviven dos hermosas hijas, reinas elorzanas, y su casita en Elorza, que siempre serán los grandes orgullos de la negra Maribel. Aunque la casita ya no les pertenece a sus hijas todavía la veo reflejada allí.

Cabe destacar que la persona que me habló y me dio más detalles sobre la gran Maribel es una mujer de muy pocas amistades, muy tímida y desconfiada. La apreciaba tanto que le confiaba su cabello, aunque Maribel no tenía un salón de belleza era la que le arreglaba el cabello, y hoy en día después de varios años desde que se lo arregló, meses antes de partir, no se lo ha tocado nadie, dice que no confía. Dejo esto como testimonio de lo que generaba en sus semejantes.

Esta historia se la dedico a ella y a las mujeres como ella, a todas las Maribel.

No tiene nada que ver con ella, pero la inspiró, y en realidad una historia como esta no se puede contar sin darle el máximo dramatismo poético y teatral, dejando claro su génesis y desarrollo para complementar su emotividad. En realidad habla de la angustia del amor en silencio y de la lotería involuntaria que se juega en la vida al poner en marcha los destinos. Hablaré en primera persona; igual esto no es un caso aislado, sé que es algo más común de lo que parece.

I

VEINTE AÑOS Y ALGO

—Dios... ¡Qué sorpresa volverte a ver, que alegría, no me lo esperaba! ¿Cómo estás? ¿Cómo te ha ido? ¿Qué es de tu vida?

—¡Holaaa! Cómo has cambiado, vale. Pues estoy bien, gracias a Dios. Veo que tú también. Pues me ha ido bien; me casé, tengo

dos niños. Vine a visitar a la familia, que hace tiempo que no los veía. ¡Qué bueno de verdad poder volverte a ver!

Así nos saludamos después de veinte y algo de años sin vernos, veinte y algo de años de habernos separado por culpa de su padre, que no me quiso como su mejor amigo, aunque lo llegamos a ser pese a todo. Eso es lo que se es a esa edad. Hoy en día sin resentimientos, primero porque el tiempo ya pasó y trajo consigo sanación, y segundo porque entendimos que lo hizo por amor a su hija, por cuidarla.

Así, pues, fue nuestro reencuentro; totalmente fortuito, totalmente inesperado, y totalmente descomunal en cuanto a sentimiento, y así también fue como se prendió la llama inmediatamente. Cuando la vi mi corazón palpité con tal fuerza que sentí ganas de gritar. Me erizé, me acaloré, sudé, sentí escalofríos, y volví a vivir.

Ese encuentro me descontroló totalmente, traté de guardar la compostura pero poco pude disimular mi romántico asombro. ¡Qué cosa más bella! Más bella aún que aquella vez con la camisa de kaki de quinto año, más bella mil veces y mil veces más perfecta, con su mismo aroma natural magnificado tras una fragancia europea de esas que te transportan a sitios que solo en la mente existen, pero su olor natural estaba allí, imperceptible al olfato común pero totalmente expuesto al mío, que lo guardaba en su banco de memoria como un tesoro en el fondo del mar, lo más valioso que se podría tener.

Su olor me transportó; me hizo volar, soñar, gozar, reír. ¡Dios, qué cosa tan magnífica y tan descomunal! Salí totalmente de la realidad a un mundo celestial, así es el cielo en la tierra. Mi olfato y mi cerebro habían buscado ese olor por veinte años y algo y no lo habían encontrado en ningún otro lado que no fuera allí, en su cabello.

Su misma sonrisa. Su voz me acarició el alma nuevamente y volví a aquel lugar bajo los palitos de uvita. Volví a sentirme sin preocupaciones cotidianas sobre las responsabilidades que dan el

hacerse cargo de una familia, una casa, un trabajo, un negocio, una universidad. En fin, dejé de ser adulto por un momento.

Sus ojos me mostraron el portal al universo de la felicidad. Fui liberado nuevamente de la cárcel del vivir por vivir, del amar sin amar, del reír sin alegría, y fui redimido al espacio infinito del amor verdadero, del amor al que no le importa nada, no se limita a lo material y no se ajusta a lo físico. El amor instintivo y carnal estaba allí entretejiéndose con el amor hormonal y químico, enredado al espiritual y metafísico, una mezcla de todos los amores que forman un amor único y universal, un amor sin reserva, infinito, fundiéndose, enmarañándose, clavando sus espinas en el alma, formando la fuerza cohesiva más grande del universo, en donde dos seres no necesitan tener contacto siquiera para ser uno solo y a la vez la ansiedad y necesidad de dos cuerpos que necesitan fundirse para consumir su lazo, donde un orgasmo es algo insignificante comparado al placer que da ser y hacer feliz.

El amor que ve el sexo como algo tan superficial y cotidiano que lo empequeñece y deja en segundo plano, pero también el que nos hace arder la piel al más mínimo roce y voltea nuestro corazón en un solo latido continuo que nos deja sin aliento, el amor del alma y el cuerpo, el que no se puede explicar.

No sé qué sintió ella en ese momento, tal vez nada, lo normal, la alegría de ver de nuevo un viejo amigo, no sé. Pero al amor verdadero no le importa ser correspondido. Yo no estaba allí esperando que ella sintiera lo mismo, simplemente estaba sintiendo lo más maravilloso que se puede sentir y que ni siquiera sabía que sentía.

Aquella vez fuimos conscientes que estábamos muy jóvenes y que tal vez había que vivir más, explorar más, probar más y construir nuestras vidas. Tal vez subestimé lo que sentía, no lo creí tan fuerte hasta que la volví a ver, después de veinte años y algo.

Compartimos un café y hablamos bastante, de muchas cosas. Nos dimos razones de nuestras familias y de nuestras vidas

superficialmente, pero también me dio la mejor noticia: dentro de los planes de su visita estaba la esperanza y la intención de volverme a ver. Me volvió a enamorar con su presencia y la volví a amar con su sonrisa.

II

EL ALGO MÁS

Al contar el resto de esta historia tal vez pierda el encanto, pero igual lo contaré, para eso este escrito. Resulta que en el transcurso de aquel encuentro nos reímos mucho recordando aquella época, de los amigos, de lo que éramos todos hoy en día, y aquel café por momentos me sabía a realidad y a cordura, se iba asentando el polvo de la fantasía que produjo el encuentro y la realidad actual me traducía que éramos otros, que no éramos los mismos de aquella vez y que nada era igual. Me di cuenta que después de ese efusivo saludo que movió el mundo dentro de mí y de aquella charla el resto siguió igual. Nos despedimos con un beso en la mejilla y una mirada que me hirió la esperanza, pero el amor estaba ahí, vivo, aún después de veinte años y algo.

De pasada nos seguíamos viendo, nos saludábamos a lo lejos, notaba su alegría al verme, aunque una voz dentro de mí me decía que era lo mismo para el resto de la gente, una emoción normal, ella era así, una mujer que irradiaba alegría.

Luego nos encontramos en una fiesta y hasta bailamos, pero hablamos poco, había mucha gente que nos conoció en aquella época de nuestros amoríos del liceo y me pareció que ella tenía cierto afán por evitar que comentaran algo. Sentí que se comenzaba a nivelar

la cosa y la conmoción ya se iba desvaneciendo en ella, aunque en mí se triplicaba, pero al parecer ya estaba pasando el agite del reencuentro en cuanto al tiempo sin vernos.

No sé cómo, ni por qué, pero progresiva e instintivamente fui desarrollando un hábito de pasar cada vez que podía por el liceo, como albergando una esperanza de volver a esos días tan felices de mi vida, sintiéndome como el de aquella vez y esperando que ella también así se sintiese. Detuve el carro frente al liceo, que ya no era el mismo, el nuestro fue derribado y en su lugar hay una nueva edificación, del nuestro solo quedan los arbolitos de uvita muy altos ya y muy diferente su sombra, ya no existen los banquitos y ya nada es igual. Me senté en una piedra de los escombros del liceo viejo, justo donde nos reuníamos, y como si se tratase de algo premeditado llegó ella en todo su esplendor. Lo anhelé con tanta fuerza que se me concedió, y se lo atribuyo al sortilegio y a la voluntad de Dios.

Se acercó y me tomó de una mano para que me levantara. Ya de pie frente a ella, cara a cara, me dijo:

—No hemos hablado de lo que sentimos y lo que pasó entre nosotros aquella vez, y necesito hablarte de eso.

Disimulando el terremoto que sentía en el pecho, respondí:

—Ah sí... Bueno, dime mi amor. ¿También estaba por comentarte algo pero preferí no hacerlo por respeto.

—Pues yo también, pero necesito decirte que todavía tengo una espina que no me deja vivir, y es una de las razones por la que hice este viaje sola

Sorprendido sobremanera:

—Bueno, te lo voy a decir de una vez porque no sé dejar pasar oportunidades, y ya dejé pasar la más grande, no puedo volver a dejarla pasar. Te amo, Siempre te he amado, nunca he dejado de hacerlo y siempre lo haré.

Se abalanzó, me abrazó y lloró en mi pecho, sus lágrimas me quemaban el alma. Me dijo:

—¿Por qué? ¿Por qué no te importó que nos separaran? ¿Por qué no hiciste algo para salvarnos? ¿Por qué dejaste que nos vencieran tan fácil?

Estupefacto:

—Porque tú tampoco hiciste nada, y también por protegerte, porque pensé que te merecías algo mejor y porque pensé que pensábamos lo mismo. Aún hoy pienso que fue lo mejor, sobre todo para ti; recorriste, viviste, aprendiste y tal vez sientas que sacrificamos nuestro amor, sin embargo aquí estamos. Mírate, estás hermosa, eres feliz, te has realizado en la vida, y hoy estamos frente a frente.

—Pues sí, entiendo. Sé que eres sincero y tienes razón, pero me hubiese quedado contigo. Siempre he lamentado el no haberme quedado y el que no hayas luchado. Mi vida está realizada hasta que te pienso. Necesito tener un cierre para poder seguir adelante.

—Ya pasó lo que tenía que pasar, amor, se vivió lo que se tenía que vivir. Tal vez lo que necesitábamos para dejarnos de amar era estar juntos y seguimos amándonos porque no lo tuvimos, pero tienes que entender que no será un cierre, será abrir de nuevo lo que ha estado cerrado por veinte años y algo. Debes tener cuidado, y debes estar consciente de tu entorno.

—Por estar consiente estoy aquí. No escapo de la realidad sino que la quiero vivir, por eso estoy en Elorza, vengo al patio del liceo, voy al pozo de Arsenio, voy a la Playa del Zamuro, voy a la plaza Bolívar, a Los Cortijos o a la Rosa Blanca a bailar, a la manga... ese es mi mundo real de siempre, nunca me he ido, vivo todos los días en el recuerdo que es mi realidad, la supuesta realidad es apariencia.

Allí entendí que se vive lo que se quiere vivir, que las cárceles no son barrotes sino cuestionamientos y que la libertad es una utopía cuando se hace lo que no se quiere hacer, cuando se vive como no se quiere vivir, cuando no se es feliz.

Y así fue que vivimos nuestra realidad. No dijimos más nada, nos dimos el beso más intenso de la historia y nos fuimos. Se hizo de noche y en aquella noche única e irrepitible regresamos a nuestra juventud,

lloramos, hablamos mucho, y ahí fue el verdadero reencuentro, allí pudimos ser nosotros y allí volvimos a tener el amor de nuestras vidas en los brazos. Igual de bueno, igual de santo, igual de prohibido, igual de hermoso. Los detalles no importan a los ojos del tercero.

Cuando amanecía le dije:

—Es hora. La próxima vez dime lo que sientes, no esperes veinte años y algo. Te juro por mi vida que lucharé con el alma para volver a verte, y si la vida se nos va ojalá y se pueda en otra vida.

Me miró, sonrió, me besó y se fue. No la dejé ir nuevamente, pero se tenía que ir, era lo que se suponía debía hacer, la decisión fue de ella. Me quedé allí pensando y todavía saboreando sus labios llenos del elixir de la vida ideal y de la paleta con la que se le da color a los sueños.

Me quedé por un rato más en el lecho que albergó esa noche el amor más grande de mi vida. Mi pensamiento aún saboreando el cielo y todavía regresando a la tierra después de semejante ambrosía de amar y ser amado. Poco a poco, con la calma que da la victoria, comencé a prepararme para irme. Entonces encontré una nota que me dejó en la mesa de noche. Decía:

Hasta dentro de veinte años y algo

EL VUELO DEL LEGENDARIO UN SUEÑO DE CINCO LLANTOS Y NI UNO MÁS

Esta historia en memoria de mi tío Oscar Eugenio Guerrero Guerrero

No nacemos una sola vez. Nacemos cada día, cada minuto, cada segundo, cada instante de tiempo, una y millones de veces.

Al mismo tiempo que nacemos, morimos. Vamos dejando pedazos de nosotros por donde pasamos, material genético, piel muerta,

cabello, uñas, hasta el aliento. Vamos dejando huellas con sangre al movernos, pero al mismo tiempo resurgimos, cambiamos de piel como la culebra, descendemos, ascendemos, morimos y renacemos. Somos energía renovable, transformada y transformadora, somos creaciones de Dios, luz de luz.

Mil veces cometemos los mismos errores, aprendemos y sabemos que volveremos a caer y así lo hacemos, por gusto. Somos masoquistas y a la vez sádicos; sadomasoquistas, bipolares, esquizofrénicos, psicópatas y sociópatas con diferentes grados de intensidad. Asesinos en serie de las diferentes versiones de nosotros mismos, mejor dicho “suicidas en serie”.

Desde la chispa que nos da la vida corpórea en el momento de la concepción, donde se presenta la colisión de esperma y óvulo que da origen a un embrión que ya es algo vivo e independiente, que tiene un alma, ya la responsable que es nuestra madre nos está envenenando con sus pecados, ocios y a su vez todo lo que trae desde su propio momento de creación, y desde el momento de ver la luz del sol y respirar por primera vez ya estamos matando a los demás y a nosotros mismos. Crecemos y a la vez estamos desgastándonos, una línea ascendente hasta que ya comienza a descender, el crecimiento se detiene y el desgaste sigue, haciendo estragos en nuestro organismo, devolviéndonos a nuestro estado primario celular y reintegrándonos al universo. Polvo eres y en polvo te convertirás.

Doy esta introducción para que así puedan entender lo que he plasmado en este tema, en nuestro transitar por este mundo tan complicado, duro e inclemente donde habitamos. Todos deberíamos tener un sitio seguro, un lugar donde podamos ser libres, o que podamos ser como somos en realidad sin ser juzgados, criticados, abusados.

Hay que aceptarlo, todos tenemos desviaciones, defectos, fobias, filias, fetiches, gustos, opiniones, posturas, puntos de vista, humor, apetitos, etc. Somos diferentes y el mundo de cada quien

gira alrededor de su propio ser, nadie puede ver lo que otro está viendo. Bendecido o mejor dicho privilegiado el que no tenga de qué arrepentirse o de qué avergonzarse, y pueda ser como en realidad es sin causar repulsión en el prójimo. Desde cualquier punto de vista, el que es como en realidad es, no sería normal a los ojos de la sociedad. Todos nos ocultamos tras una apariencia para encajar en lo que se cree es lo normal o socialmente aceptable.

Mi escape es la música, mi escape es escribir algo, así esté mal, así carezca de belleza, de arte, de rima, de ortografía, de redacción, de lo que sea. Para mí es el lugar donde puedo ser como soy sin molestar, y lo mejor es que aquí puedo ser como soy con toda libertad, a toda voz, públicamente y sobrepasar mis límites. Puedo expresar absolutamente todo, tal vez siento vergüenza, miedo o pena de saber que lo que siento será leído o escuchado, pero después que las palabras se sueltan ya no hay vuelta atrás. Lo lee el que lo quiera leer, lo sabe el que lo quiera saber, y le causa intriga al que quiera criticarme.

Este tema trata sobre eso, mi nuevo nacimiento, una muerte en sentido de transformación energética o quema de etapas, cambios físicos y psicológicos, renacimiento, reencarnación, resurgimiento, y de ser quienes somos en un lugar seguro, cuando el pensamiento vuela y vivimos nuestros verdaderos sueños y anhelos así sea en nuestro subconsciente.

NACIÓ DE UN SUEÑO

Un sueño que tuve donde viví una experiencia extracorpórea y me fui en un vuelo sobre todo lo que he querido y he anhelado; querido porque lo tuve y anhelado porque lo deseé. Con esta visión se fue tejiendo una poesía que calcé como anillo al dedo en un golpe de gabán. En éste hago el relato y la comparación entre la vida terrenal que quedó con mi cuerpo mientras mi espíritu se iba por los confines de la mano de un ser celestial, un familiar que ya se marchó

y que en mi sueño llegó ataviado con un liquiliqui blanco, zapatos de patente negros y un sombrero ala ancha, plano y con la copa redonda, elegante, esbelto, y resplandeciente.

PRIMER LLANTO

Me dijo:

—Vamos, Calucho: quiero que conozcas tu propio mundo.

Al tocar su mano sentí como un relámpago, crucé el umbral del nacimiento físico sintiendo un calor inconmensurable que por un segundo me calcinó, pero lo que pudo haber sido dolor era el placer más intenso que había sentido. Me vi envuelto en un resplandor tan inmenso que mis ojos quedaron cegados. Vi por primera vez la luz nuevamente y volví a conocer a mi madre, el ser que más he amado. Nuevamente sentí el amor más grande que se puede sentir, el amor de Dios al ver el sacrificio de ella al parirme. Viví en ese momento mi nacimiento en primera y tercera persona, estaba naciendo y a la vez viendo cómo nacía.

Solté el primer llanto, y así como sentí la primera sensación de ser amado al estar en brazos de mi madre, también sentí como tercera persona la sensación de odio y desprecio que pudo sentir alguno de los que estaban allí, y entendí que a eso se viene al mundo, a ser amado y odiado a la vez. Hagas lo que hagas algunos te amarán y otros te odiarán de la manera más vehemente. Ni Jesús escapó al odio. Pero el odio es problema de los demás.

Lloré por primera vez en este sueño. Lloré de amor.

SEGUNDO LLANTO

Pasé por todos esos episodios bonitos de mi infancia, viví muchas cosas que a lo mejor no fueron así pero mi mente las mejoró o las creó

nuevamente de una manera satisfactoria. Eliminé en ese viaje de mi etapa inicial y adolescencia las cosas malas que podía aún recordar.

El guía me tomó de una mano y me sacó de donde estábamos, en mi niñez cruzando el umbral de una puerta que se abrió de la nada, traspasado el portal estábamos en el paso de La Guaira, por el río Caribe. Un cielo cubierto de estrellas bañaba la playita que se hacía en el verano. Una fogata que despedía un fuego azul intenso extraño, del cual salía un humo blanco que nos envolvió de pronto como en un círculo. Estuvimos situados a cada lado del fuego, a un lado nos quedó el Caribe, angosto por el verano, al otro se iba levantando el terreno y antes de que el humo nos envolviese se veía el camino que llevaba al fundito.

Me dijo:

—Ahí tienes, tira lo malo y que se queme en el olvido de una vez por todas.

Me arrodillé, bajé la cara y comencé a recordar lo malo; los golpes, los resentimientos, las traiciones, los traumas, las peores cosas, que uno cree que no, pero ahí están, carcomiéndonos cada día y deformándonos la belleza interior, haciéndonos personas acomplexadas y temerosas, envidiosas, egoístas, desconfiadas y rencorosas. Cada recuerdo hacía más intenso el fuego y a mí me hacía más liviano. Cada lágrima que boté me lavó el alma.

Sentí que verdaderamente pude arrancar las páginas de mi libro y arrojarlas al fuego, sentí que iban desapareciendo esas espinas que abrazaban mi corazón y me hacían presa de tantos demonios. Sentí que quedé en blanco en cuanto a resentimientos y que no podía cambiar las cosas que ya fueron, debía aceptarlas y seguir.

Lloré por segunda vez, esta vez por desahogo.

TERCER LLANTO

Cuando levanté la cara el humo comenzaba a disiparse. En su lugar habían muchas personas que de seguro estaban allí pero que no distinguí al principio. Al irse disipando el humo iba reconociendo muchas caras ahí observándome, venían del recuerdo de algún momento de mi vida, algunas aún vivas y otras ya en otro plano.

Cuando tomé conciencia de que estaban intactas como en el momento en que marcaron mi vida, en la edad y la apariencia del momento en que tocaron mi destino, fue algo descomunal, una felicidad que no se puede describir. Tomé la palabra y les dije, hablándoles a todos, algo que me salió del fondo del corazón como un acto de redención, aprovechando ese momento que sé que era algo sobrenatural, un verdadero milagro:

—Saludos a todos. No sé cómo llegué aquí, pero para mí es una bendición de Dios el volverlos a ver, y quiero aprovechar este momento único para ofrecer y pedir dos cosas que me salen del corazón: perdón y gracias.

Todo explotó en algarabía, como si estuviesen esperando esas justas palabras para iniciar una fiesta, parecía una celebración de fin de año. Las personas a las cuales guardé algún rencor las vi amables y cariñosas, las que me hicieron daño me abrazaron y también me ofrecieron disculpas, los que me odiaron lloraron de alegría por mi presencia, algunos que no pensé que me odiaban y lo hacían en silencio al verme me lo confesaron abiertamente, pidieron disculpas y me abrazaron efusivamente.

Me encontré con mis amigos de siempre, mis hermanos, mis padres, mis abuelos, tíos y primos, gente que quise y quiero mucho, en nuestros mejores momentos. Recuerdo que estaban allí las mujeres que quise, con quienes estuve en el pasado, mis hijos y los ojos de Dariana, viéndome como siempre me ven. Me di cuenta que soy una persona incapaz de sentir rencor porque no fui creado

para eso, y que si alguna vez lo sentí, en ese momento me hice libre de él, me di cuenta que en mi corazón no hay lugar para el odio y que tenía la suficiente fortaleza para pedir perdón y para perdonar.

Lloré por tercera vez, de felicidad.

CUARTO LLANTO

Luego emprendimos una caminata desde el lugar donde estábamos hacia el pueblo de Elorza. Cruzamos el cañito a pie y subimos el barranco, y en vez de las sabanas de El Secreto (fundo que estaba en ese camino) se dibujó otro panorama muy diferente, donde comenzamos a pasar por sitios donde alguna vez tuve algún suceso que me marcó.

Visité lugares donde fui feliz, estaban iluminados y hermosos, sin maldad y sin sufrimiento. También pasé por los que fui infeliz y estaban intactos. La felicidad o la infelicidad no se planea, creo que de eso se trata, de estar mal y luego estar bien o viceversa, de la sorpresa, del momento. Sin bien no hay mal y al contrario, se viven momentos buenos y malos, luego volvemos a la normalidad, los sucesos de la vida no pueden ser lineales al ser parte de una dimensión donde hay tiempo, pasado, presente y futuro. Se sufre o se goza con diferentes intensidades y con intervalos de normalidad, buscando la felicidad se es infeliz y se deja de serlo al conseguirlo, pero al lograrlo se requiere más y se siente nuevamente esa sensación de no estar completos, y así vamos por la vida.

Volví a momentos tan insignificantes normalmente que no pensé jamás que me habían marcado tanto, pero al volver a ellos supe de la felicidad que me dieron. Una taza de café, una comida, un saludo, una mirada, una palabra, personas que conocí, una sonrisa que alguien me regaló, un trago, un paisaje, una siesta que tomé, un dulce, una visita, un reencuentro, un animal que acaricié, etc. etc. En fin, tantas cosas que se viven y parecen sin importancia y marcan

tanto que el subconsciente las sigue disfrutando en silencio y siguen estando allí adormecidas pero vivas, operando subliminalmente y siendo parte de lo que somos en todo momento.

En aquel transitar seguía encontrando a los lados del camino personas que no veía desde hacía mucho tiempo, mucha gente, ni me pasaban por la mente algunos. Gente que estaba, otros que ni sabía si lo estaban y otros que ya no estaban, y allí estaban. El guía me decía:

—Esta es tu gente, la que está aún no estando, la que no estando está, y la que siempre está. Son parte de ti, tu familia en Dios.

Le agradecí a Dios al saber que había gente que me quería de verdad, con mis tantos defectos, me apreciaban y me aprecian. Para mí fue algo muy grande. Luego, y ya en el centro de esa reunión, y señalando con su mano abierta hacia arriba un pequeño grupo de personas, me dijo:

—Ahí están los que darían la vida por ti.

Y los vi. Sé quiénes, ya sé. Dentro de ellos estaban algunos de los que estaba seguro y otros que no me lo esperaba. También otros que pensé darían todo por mí no estaban, y de eso me percaté rápidamente como si algo me lo indicase. Esto me hizo llorar mucho, caí de rodillas llorando, porque no me lo esperaba. Jamás me imaginé, jamás lo vi de esa manera. Fue un sueño y estoy consciente de eso, pero en realidad sé que esas personas darían la vida por mí, y yo también la daría por ellos, y por aquellos que creía y no estaban allí también la daría.

Lloré por cuarta vez, de agradecimiento.

QUINTO LLANTO

De un momento a otro dejamos de ver gente y entramos en una sabana abierta donde no había nada alrededor. Estábamos en la

infinidad, no había árboles, solo sabana tendida y cielo azul sin nubes, horizonte circular donde la vista se pierde.

Se quitó el sombrero, me dio la mano y me dijo:

—Ahora vamos a una parte oscura.

Hubo un destello como un relámpago, y de golpe me encontré igual que en el nacimiento en primera y tercera persona, viviendo las cosas y a la vez viéndolas desde fuera. Iba en una moto saliendo de las fiestas de Santa Amelia, muy tomado, con mil cosas malas en la mente, mucha frustración y rabia, sentimientos que en la actualidad me parece imposible el haberlos albergado alguna vez, pero allí estaban, y sin control, mi mente, espíritu y cuerpo no andaban bien. A toda velocidad la moto se montó con un golpe seco en el puente de hierro, se elevó completamente y al caer aceleré aún más. Mucho polvo por el tránsito, no veía bien, sin equilibrio, luchando con mi razón que me decía que no podía, huyendo de no sé qué. Venía una curva y en vez de cruzar con ella seguí derecho y choqué con la cerca de estantes de madera y alambre de púas. Sentí nuevamente ese templón con aquella fuerza tan maligna que me hizo reconocer el verdadero poder de la oscuridad.

Y así volví a tener el accidente de aquella vez, volví a sentir morirme, volví a sentir mi piel desgarrada, un ojo afuera, la cara destrozada, el abdomen abierto, volví a oír los chorros de sangre como una llave abierta y volví a pedir clemencia y misericordia a Dios ahogándome en sangre, pero esta vez no llegó aquella silueta negra a negociar mi permanencia en este mundo, a decirme que era superior que todo y disponía de la vida y la muerte, a ofrecerme tratos y años por tal persona o por tal amor. En vez de esa figura tan oscura y funesta estaba aquel que me acompañaba envuelto en luz en aquella oscuridad. Me dio su mano y me dijo:

—Si aquel vino a negociar tu vida es porque tu vida vale. Lo malo ya lo tiene, necesita convertir lo bueno en malo para hacerse fuerte. Te salvó Dios y a Él te debes.

Tuve vergüenza ante Dios, pero también me liberé de ese peso que es el pecado y de ver resuelto ese episodio que me marcó y que siempre dudé si fue real o imaginario. No es que crea que lo que me pasó fue real, pero tampoco que no lo sea.

Volví a llorar, esta vez de arrepentimiento.

NO MÁS LLOROS

Después de ese episodio hubo otro destello incandescente acompañado al unísono de un trueno ensordecedor, el mismo relámpago, y como por arte de magia estábamos entrando por la puerta de madera estilo el viejo oeste del bar de Chiri, que no sé cómo se llama en realidad, pero así le conozco. Llegamos a mi linda Libertad de Barinas.

En una mesa nos esperaban mi compa Erenio y mi compa Mario con unas cervezas de liquiliqui oyendo los cinco lazos del llano. Allí pasé otra vez uno de esos momentos que parecen no importar a la larga pero que en su tiempo son tan valederos y valorados que hacen que uno se olvide del resto. ¡Qué importancia tiene una cerveza fría con sed! ¡Qué importancia el encontrarse con un amigo! El viejo Chiri con su muleta atendiéndome como se debe. Nos refrescamos y seguimos.

Al salir de allí me encontré caminando por un terraplén de tierra grea, roja, pegostosa. A los lados se veían grandes samanes y otros árboles de la misma talla, agua bastante, borales, capurunales, platanicales, y la fauna que habita en ellos.

Nos tocó meterle los pies al barro. Mi compañero haciendo gala de su divinidad parecía que se deslizaba sobre un piso de mármol, sin inmutarse, sin resbalar, sin ensuciarse. Así caminamos un rato sin hablar, solo lo seguí en silencio. No lograba determinar hacia adonde nos dirigiáramos, pero después de los sucesos anteriores me sentía seguro de que donde fuera sería bueno. Después de una curva nos detuvimos y levanté la vista, a lo lejos vi el Caluchero de hace unos treinta años. Distinguí a lo lejos en una mula castaña a mi abuelo Jesús, que no

lo veía desde que cerramos su ataúd en su funeral, saludando con un grito desde las afueras del viejo caney. Fue una emoción que no se puede explicar con palabras el verlo lleno de vida. Se sentía el olor a cochino frito y carne asada y se escuchaba el arpa a lo lejos, un bordón guaratariao, de seguro tío Esteban tocaba y el catire Félix Peña inconfundible con su verso chisposo y el grito de mi tía Leilan celebrándolo:

*Le tengo tanta amistad
que me da pena decirle
que si no puedo firmá
le doy el lápiz que firme*

Allí mi guía, como queriendo dejar que disfrutara de aquello sin su presencia, se despidió con estas palabras:

—Ya es hora de que regreses.

Le pedí la bendición con la mano en el pecho, me la echó, me dio un abrazo y un beso en la mejilla, y me dirigí al Caluchero ajilao pa' esa parranda.

Al cruzar el umbral de la casa, pedir la bendición y abrazar a mi querido abuelo y a mi abuelita Consuelo, desperté. Fue un sueño y así son, en la mejor parte uno se despierta. ¡Qué cosa tan grande y maravillosa soñé, y qué cosa tan grande y maravillosa poder contarlo de esta manera!

Tengo la seguridad que cuando llegue el momento los veré nuevamente. De este sueño me quedó la satisfacción de que sé que tengo la capacidad para ser una buena persona, querer y ser querido. Sé que puedo perdonar y también pedir perdón de corazón, por ende el odio es algo sin sentido en mi alma.

¡Dios mío, qué bonita y grande es la vida! Al ver a mi alrededor me siento tan afortunado que no tengo palabras, es un privilegio tan grande el poder disfrutar de cada segundo de mi paso por el mundo carnal que no sabría cómo expresarlo. Algunos están tan absortos

tratando de lograr cosas, que ni siquiera disfrutan lo bendecidos que en realidad son. Otros son tan afortunados y viven llenos de sentimientos impíos. Unos reciben y aprecian y agradecen, otros desprecian y son inconformes, otros no reciben y sin embargo agradecen y otros se sumergen en la amarguras de sus tragedias contagiando todo lo que se atraviese a su paso. De todo hay en este mundo, yo me considero bendecido gracias a Dios. Mi deber es bendecir.

Epílogo

*Ahí tienes pues, lo que queda de mí
te tiro en las patas el despojo de mi alma
lo que dejaste
los restos
eso sí, eso, eso que queda de mí, te lo trae mi nuevo yo
un nuevo yo sin ti
que viene a dejarte el cadáver del yo que mataste*

*Que viene a entregarte como trofeo
los harapos y girones que envuelven la podredumbre de aquella
víctima tuya
cuyo cadáver fue desmembrado por los carroñeros
que se regodearon en el sádico placer de ver la forma en que lo mataste
hasta los ojos le fueron comidos por los falsos amigos, haciendo las
veces de zamuros.*

No escribí esto pensando en una mujer, lo hice pensando en lo dura que es la gente más cercana, la misma gente de uno, la cárcel más hostil a la hora de ser quien se es. El “qué dirán” el “éste sí es loco” el “qué ridículo”. Desgraciadamente somos así.

Lo que nos han hecho y lo que hemos sufrido es lo que queremos hacer a los demás, y creemos que así deben aprender a ser especialmente nuestros hijos y los que nos rodean. Nos parece anormal algo que no se ajusta a lo que nos ha impuesto la sociedad, algo diferente, y más cuando es algo superior, fuera de lote, algo sorprendente. Nos parece imposible que alguien se atreva. Por eso hay pocos profetas en su tierra y los que han llegado a serlo son casos excepcionales,

no por sus cualidades sino por su poder de tolerancia, persistencia, determinación y espíritu de lucha.

Vivimos en un closet, y no hablo de preferencias sexuales, pero lo increíble es que el resto del mundo no tiene ningún poder físico sobre nosotros. Su poder es mental y espiritual, y nosotros mismos se lo damos, nuestra limitación nace al oírlos y dejar que lo que dicen o hacen nos influya. Uno mismo se encierra y así nace nuestro mayor dogma, no nos atrevemos a ser nosotros mismos por temor a ser diferentes.

Pues atreviéndome y siendo diferente a lo socialmente normal en mi comunidad, aquí les dejo expuesto en este material bibliográfico mi verdadero yo, un intento de suicidio social. Aquí está, exhibida a todos ustedes, mi diferencia con la mayoría, en esta humilde recopilación de letras, palabras, signos y pensamientos que logré a duras penas garabatear para sacarme del alma y el corazón las ganas de que alguien lea algo que nace del lugar más recóndito de mi imaginación y de los bordes de mi cordura.

Esto no es exclusivo de las letras, toda manifestación de arte es un grito por mostrar una habilidad sensorial y una sensibilidad emocional diferente. En el momento de escribir estas líneas estoy pasando por una suerte de muerte en vida en mi música. Atribuyo las causas a mi empeño en no contaminarme con modas y tendencias, a no secar totalmente mis raíces, a darle el valor moral que debe tener, a pensar más en la solemnidad que en lo comercial, a no mancharla de política o de adulación, y principalmente, a ser diferente.

Tienen plena libertad de llamarme loco, ridículo, anormal, etc. Y también les doy la plena libertad de ser críticos ortográficos, gramaticales, literatos, etc. Hagan de este mi verdadero yo lo que consideren correcto. Vive o muere Carlos Calzadilla.

Después que lo lean, juzguen, critiquen, destruyan o construyan, y si muero en el intento, ahí les dejo mi cadáver social, pueden abandonarlo en sabana abierta, que se lo coman los zamuros. Y

si acaso les pareciera bien, les agrada, les complace, se identifican, o simplemente no les causa nada, son libres de expresarlo o no, igualmente con solo leerlo me sentiría muy complacido y creo que se cumpliría mi cometido que es ser quien soy en realidad.

Les agradecería de corazón sea cual sea su opinión o punto de vista, el tomarlo como un desahogo ante el mundo de mi parte, una persona que abrió las alas a la libertad sin complejos ni temores, alguien que se atrevió y se inmoló por la causa de ser real. Ustedes verán, queda a su consideración, para mí ya es una victoria.

Y como dije anteriormente, como tengo la capacidad de pedir perdón de corazón y también de perdonar, soy incapaz de odiar.

Dios me los bendiga, queridos amigos.

Índice

Agradecimientos	7
Dedicatoria	9
Para iniciar	11
Cómo comenzó	17
Corazón déjala quieta	23
I	
La canción que produjo la historia	27
II	
Así comenzó todo	28
III	
El dolor	31

IV		
La incandescencia		36
V		
El esperado retorno		38
Adiós mi ranchito viejo		41
I		
El comienzo de la historia		44
II		
El delito		47
III		
La primera vez		49
IV		
El encuentro		51
V		
El rancho embrujao		53
VI		
La loca y el loco		56
VII		
El duende y el brujo		59
VIII		
Las letras pequeñas		64

IX	
No me quiero ir	67
X	
Vámonos	69
XI	
Adiós ranchito embarao, no sé si vuelva mañana	70
XII	
Juntos de nuevo	72
XIII	
El regalo de cumpleaños	75
XIV	
Ya no tienen nombre	77
La sorpresa	81
I	
Veinte años y algo	83
II	
El algo más	86
El vuelo del legendario	
Un sueño de cinco llantos y ni uno más	89
Nació de un sueño	91
Primer llanto	92

Segundo llanto	92
Tercer llanto	94
Cuarto llanto	95
Quinto llanto	96
No más lloros	98
Epílogo	101

Fundación Editorial El perro y la rana
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela 1010.
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com
www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Facebook: El perro y la rana
Twitter / X: @elperroylarana
Instagram: @perroylarana
Threads: @perroylarana
YouTube: ElperroylaranaTV

Música y Letra Vol.1
Digital
Fundación Editorial El perro y la rana
Caracas, Venezuela,
en el mes de abril de 2024





“Me gusta cantar y componer, eso es algo que creo que llevo incorporado en mi ser y creo que lo hago más o menos; que sea sobresaliente es algo que ustedes podrían afirmar o poner en tela de juicio (...) También sé que tengo una habilidad innata para crear melodías, tomar las notas sin conocerlas y combinarlas. Asimismo creo que puedo hacer algo con las palabras; puedo utilizar las que me sé, investigar y aprender nuevas, ordenarlas, combinarlas y darles el sentido que quiero dar para expresar lo que quiero, y así hacer mi música, mi poesía, mi cuento (...) Y bueno, ya lo saben, tal vez dudemos de mi talento, yo, ustedes y el resto del mundo conocido; de lo que sí no dudo y les pido que no lo hagan –porque me ofenderían y me dolería muchísimo– es sobre mis ganas de decir y hacer, y de mi fe en Dios”. Con estas palabras, Carlos Calzadilla se presenta ante los lectores, con la humildad y sinceridad característica del hombre del llano venezolano, cantor y compositor de música recia, quien en esta obra nos ofrece sus relatos, inspirados en leyendas de su tierra y en vivencias y reflexiones personales.

CARLOS LUIS CALZADILLA GUERRERO (Apure 1984)

Desde sus primeros años mostró inclinación hacia la música llanera, ya que creció oyendo el arpa, cuatro y maracas, instrumentos que jamás faltaron en su hogar. Desde el año 2009 ha realizado diversas grabaciones como compositor e intérprete, dando así inicio a su carrera como cantautor.

**IMPRESO EN TIEMPOS DE
GUERRA ECONÓMICA
CONTRA VENEZUELA**